

Selección



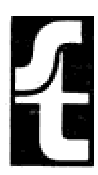
CURTIS GARLAND

LOS CRIMENES DEL INVISIBLE

LOS CRIMENES DEL INVISIBLE

CURTIS GARLAND

Colección
SELECCION TERROR n.° 408



Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: D. 30.704 — 1980
Impreso en España — Printed in Spain
1a edición: diciembre. 1980

Curtis Garland — 1980
Texto

Norma — 1980
cubierta

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera. S. A.
Párets del Valles (N-152. Km 21.650)
Barcelona — 1980

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

403 — La dama de los cien cuchillos, *Clark Carrados*

404 — Fetichistas, *Lou Carrigan*

405 — El escribano de Yama, *Ralph Barby*

406 — Satanás no necesita médicos, *Clark Currados*

407 — La furia de los instintos, *Lou Carrigan.*


st
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El cielo negro pareció desgarrarse brutalmente por un momento.

Fue como si una gigantesca mano oscura acuchillara la masa de espesos nubarrones sombríos, arrancándole un destello lúgubre y cegador, mientras reventaba un estruendo estremecedor, rebotando Juego de eco en eco, y por la tremenda herida escapase a raudales la sangre celeste, que no era otra cosa que agua torrencial, descargando en tromba sobre la tierra.

Trueno, relámpago y lluvia coincidieron en un formidable estallido que inició el temporal. Un temporal que duraría horas y horas, como era habitual en las regiones septentrionales de Inglaterra, especialmente en aquella época del año.

El paisaje oscuro, tétrico, que se extendía bajo el palio denso de nubes plomizas, apenas si mostraba luces aisladas, salpicando la campiña, y algunas más abundantes allá, en la distancia, entre las colinas y los yermos, donde se alzaba algún aislado villorrio.

A aquel primero y terrorífico estampido, acompañado por la deslumbrante luz cárdena de la descarga eléctrica, siguieron otros muchos, pero ya menos intensos, más tamborileantes, como si la misma mano que acuchilló la noche momentos antes, se dedicara ahora a batir tambores más allá de la cortina de lluvia, en el negro desconocido de los cielos. El agua, aunque pareciese imposible, aumentó de caudal, y su ruido al galopar las piedras, los tejados y los caminos, se hizo casi estruendoso.

Pronto las escasas luces hacinadas del villorrio aislado, se fueron extinguiendo poco a poco, a medida que los asustados vecinos se iban retirando a descansar, en medio de aquel diluvio repleto de chispa/os eléctricos. Las calles del lugar, muy pronto, se diluyeron, mezclándose con las tinieblas, y algún que otro farol aislado en sus vericuetos, oscilaba peligrosamente, a impulsos del aire húmedo y de las fuertes ráfagas de lluvia, sobre un pavimento vacío, por el que no circulaba más que el agua a raudales, creciendo constantemente su cauce.

Sin embargo, no todo era silencio, quietud ni oscuridad en la región devastada por el temporal. Más allá, en la falda de una colina, no lejos de los marjal», varias luces se mantenían en la

noche, impasibles, pugnando por brillar a través del aguacero, aunque en dos ocasiones, dada la proximidad del chispazo del rayo, oscilaron, a punto de apagarse.

No llegaron a extinguirse. Allí continuaron, luciendo en la entrada de la alta tapia de ladrillos rematada en alambrada de espinos y vidrios cortantes, y en un alto piso de la edificación alargada y sombría que se alzaba en el terreno vallado.

La luz exterior, en sus oscilaciones, caía de vez en cuando de lleno sobre una placa de metal donde se podía leer en gruesas letras:

CENTRO PSIQUIATRICO DEL ESTADO
DARKMOOR HILLS
PROHIBIDA LA ENTRADA RIGUROSAMENTE

Arriba, en la segunda planta, la luz interior también asomaba por detrás de los cristales chorreantes de agua de la ventana. Unas cortinillas ligeras velaban cualquier otra circunstancia. Pero se velan borrosamente, de vez en cuando, dos figuras que cruzaban fugaces ame el cristal. Una era masculina. Femenina la otra. Pero ambas tenían algo en común: el blanco de sus uniformes.

Abajo, en lomo al edificio con la única luz abierta a la noche, el frondoso jardín era una masa de sombras donde solamente brillaban, de trecho en trecho, las hojarascas de setos y plantas, empapadas de lluvia, al reflejo del oscilante farol de la tapia exterior, filtrándose por las gruesas rejas del portón de entrada al centro psiquiátrico.

El doctor Miles, a quien tocaba de servicio esa noche, era un hombre joven, incluso demasiado joven para su especialidad en Medicina, como era la psiquiatría. Y también la enfermera Parker era joven, aunque sus formas recordasen a cualquier modelo de Rubens por sus opulencias. El uniforme blanco no hacía sino resaltar su poderoso busto y sus amplias caderas.

Al ser ambos jóvenes, estar de servicio durante toda la noche, en turno, de guardia, y compartir las largas horas de una velada tormentosa como aquélla en el silencio tétrico del centro hospitalario, la situación podía conducir justamente a lo que estaba conduciendo.

La enfermera Parker, sentada sobre las rodillas del doctor Miles, se dedicaba a besar fogosamente a su superior, dejando que el joven médico recorriese su generoso cuerpo exuberante con ambas manos, en una ponderación evidentemente admirativa de sus formas.

Se habían empezado a olvidar incluso de su tarea. El reloj del muro iba desgranando los minutos, y ni siquiera se acordaban de hacer la ronda habitual que correspondía cada dos horas, en previsión de cualquier contingencia con los peligrosos pacientes que allí se alojaban.

El doctor Miles recordó vagamente que tenían que dejar sus caricias para otro momento, pero le había costado cierto trabajo romper el pudor de la enfermera hasta este punto, y consideraba que era ridículo echarlo ahora todo a rodar y tener que empezar de nuevo, sólo por una rutinaria ronda que no cambiaría las cosas lo más mínimo.

De modo que siguió besando y acariciando a la enfermera, sintió el placer de verse correspondido apasionadamente por ella, y eso terminó ya por enloquecerle, sumiéndole en una impaciencia irrefrenable de llegar lo más lejos posible con aquella hembra deseable y dócil a sus insinuaciones.

Ella, por su parte, no parecía hacer demasiados ascos a los audaces propósitos del joven médico, y cedía sin dificultades a todos sus impulsos gustosamente.

Ese fue el gran error de los dos jóvenes. Su último error en la vida.

Ninguno de ellos llegó a advertir con tiempo suficiente el roce de las pisadas de unas blancas zapatillas con suela de goma, sobre el pavimento del hospital, deslizándose sigilosas en la noche. Ninguno de los dos jóvenes empleados del centro psiquiátrico se dio cuenta oportunamente del leve movimiento de la puerta del cuarto de guardia, entreabriéndose con lentitud, con sigilo. Ellos estaban demasiado absortos en su tarca.

La enfermera gemía, sintiendo aprisionadas sus rollizas carnes por las manos ávidas del médico, y éste, a su vez, empezaba incluso a olvidarse de quién era, y sus roncos jadeos advertían bien a las claras de los efectos inevitables que los largos y húmedos besos de la moza, así como sus candas hábiles y apasionadas, producían en su joven naturaleza. Para el doctor Miles, en ese momento, sólo

existía la hembra. Para la enfermera Parker, sólo existía su inesperado macho. Aquélla, pensaban ambos, podía ser una noche de servicio particularmente grata para los dos, mientras los internados en el manicomio de Darkmoor Hills descansaban tranquilas en sus celdas de seguridad.

Pero las cosas, para su infortunio, no eran de ese modo. Ni mucho menos. Porque al entreabrirse la puerta lo preciso, dejó ver una mano crispada, unos ojos dilatados y vidriosos, que se fijaban en ellos con total ausencia de emociones sexuales, pese a lo procaz de la situación, y en la otra mano, que lentamente asomaba tras la puerta entornada, la cruda luz lechosa del recinto hospitalario arrancó el frío destello de una hoja de acero, afilada y siniestra…

Todo ocurrió de forma rápida e imprevisible. El horror se abatió sobre la joven pareja con escalofriante rapidez y contundencia. Apenas si llegaron a darse cuenta confusa de algo, antes de que la faz crispada del intruso, sus ojos demoníacos, se clavaron en ellos, y el centelleante acero tratase un zigzag espeluznante en el aire, para caer sobre la enfermera Parker en primer término.

El grito que ella empezaba a proferir, cuajado de terror infinito, apenas si brotó de su garganta. Hubiera podido ser un alarido atroz e interminable, pero no fue nada. Nadie grita, cuando una hoja de acero afiladísima siega la garganta de oreja a oreja, rasgando la yugular y Cortando de cuajo las cuerdas vocales en medio de un torrente de sangre que fluía, impetuosa, yendo a verterse copiosamente sobre sus grandes senos.

El doctor Miles, lívido, solamente logró articular un bronco gemido de horror, antes de que el cuerpo ensangrentado de la enfermera resbalara de sus rodillas para caer al suelo en medio de una auténtica fuente de sangre palpitante, y antes de que el demoniaco agresor, con su arma goteante, le atacara también a él, clavándole hasta la empuñadura, en el corazón, aquella terrorífica navaja de afeitar que había utilizado para su doble crimen.

Cayó el doctor Miles, con los ojos desorbitados, el rostro convulso e incrédulo, y el corazón partido brutalmente en dos, sobre el cadáver todavía agitado en una agonía insensible, de su reciente pareja en los escarceos sexuales, para quedarse allí inmóvil, mezclando su sangre con la de ella, en una impresionante, atroz orgia escarlata.

Una risa aguda, hiriente, maligna, brotó de la boca contraída del agresor, que contempló con aire complacido su espantosa obra. De sus labios trémulos, ligeramente bordeados de espuma, brotó una sola y ronca palabra despectiva, dirigida a los dos asesinados que le contemplaban, sin verle, con los ojos vidriosos y espantosamente abiertos:

—¡Cerdos…!

Se inclinó y, fríamente, arrancó de cuajo la navaja de afeitar del corazón de su última víctima, para secarla, indiferente, sobre la propia bata blanca del médico, y plegar luego la fulgurante hoja en su vaina negra de la empuñadura. Guardó la afilada arma en un bolsillo de sus blancas ropas de internado, provistas de unas iniciales y un número bordados toscamente en la chaqueta rugosa, y empezó a retirarse con lentitud, mirando en torno curiosamente. Sus ojos se quedaron clavados en un punto de la mesita donde el doctor Miles se acomodaba durante su tumo de noche. Había allí apuntes, papeles, recetas médicas, certificados y un pequeño fichero. A su lado, un llavero con diversas llaves.

Avanzó decidido. Abrió el fichero, buscando una ficha determinada en la letra D. La encontró pronto. Con gesto triunfal, alzó una cartulina verde, provista de una fotografía y una serie de datos mecanografiados, junto a unas huellas dactilares.

Rió, contemplándose a sí mismo en aquella fotografía. Un sello en rojo indicaba, en su encabezamiento:

«Atención, enfermo peligroso, psicópata homicida.»

La guardó también, sin dejar de reír con un soniquete ronco y chirriante. Luego, tomó las llaves y echó a andar hacia la salida, pisando con indiferencia el charco de sangre y las ropas salpicadas de los cadáveres. Ni siquiera les dedicó esta vez una ojeada. Era como si no estuvieran allí. Salió cauteloso del cuarto de servicios de guardia nocturna, y echó a andar por el desierto, silencioso corredor, hacia la escalera descendente.

Bajó por ésta. Siempre con idéntica cautela, sin producir ruido con sus zapatillas de suela de goma, aunque dejando sobre el pavimento manchas de sangre, dibujando parte del relieve de la suela. Antes de pisar el vestíbulo del centro hospitalario, escudriñó la cabina de recepción. No había nadie, y el teléfono estaba silencioso y sin asistencia. Respiró hondo. Eso salvaba una vida. Tal

vez el encargado de noche de la centralita nunca sabría lo cerca que había estado de morir. Sólo con que hubiera estado allí en ese momento, en su puesto de servicios, su vida no hubiera durado unos segundos.

El enfermo asesino pasó ante la centralita, no sin antes demostrar su rara aguda astucia con una maniobra sobre el tablero eléctrico. Desconectó la alarma, y se acercó a la puerta de salida, que abrió con la llave correspondiente. Al fondo del pasillo chirrió una puerta. El asesino se puso en guardia, apresurándose a empuñar la navaja. Pero sonó agua al correr, y supo que el conserje de noche había utilizado los servicios sanitarios en ese momento. Sonrió, con un destello lúcido de crueldad en sus helados ojos, y salió al jardín en sombras, azotado por la intensa lluvia, e iluminado de vez en cuando por el fulgor cárdeno de los relámpagos.

Cruzó como una sombra por entre los matorrales y setos, para hundirse en la oscuridad y llegar rápidamente a la puerta de la verja. También allí había quedado desconectada automáticamente la alarma. El fugitivo del centro psiquiátrico encontró, bajo el azote furioso de la lluvia torrencial, la llave adecuada, que hizo girar en la cerradura. Un momento después, estaba fuera del recinto hospitalario, hundiéndose en la negrura nocturna, bajo la tormenta, empapado de agua, pero sin detenerse por ello en su carrera para huir definitivamente de su lugar de reclusión.

Cuando la sirena de alarma del sanatorio mental de Darkmoor Hills aulló en la noche, mezclándose con el bramido del aire, el golpeteo violento de la lluvia y el estampido intermitente de los truenos, ya era tarde.

El loco evadido, estaba lejos de allí. Deambulando en la campiña oscura, en busca de algo que le ayudara a salir de aquella zona que sabía peligrosa para él. Buscando, en realidad, más sangre que derramar…

* * *

—¿Está seguro de eso, profesor Talbot?

—Sí, totalmente. Creo que lo he encontrado, doctor Howard.

—Pero… ¡pero es imposible de creer! —balbuceó el doctor Howard, mirando con estupor a su compañero de trabajo.

Un poderoso trueno bramó en el exterior, haciendo temblar los cristales de la casa. La luz osciló, amenazadora, pero no se extinguió. La lluvia parecía arreciar.

—Pues ha ocurrido —la voz del profesor Talbot temblaba de excitación en esos momentos, pese a su proverbial calma y sangre fría—. Ha ocurrido, ¿comprende? Es como para volverse loco, para no creer una sola palabra de ello… ¡pero *ha ocurrido*! Lo que tan insistentemente hemos buscado durante años, lo que la razón parecía negar y la propia lógica rechazar… está ahí. Ahí, ante nosotras. Es la primera muestra. La única en el mundo. Pero ya nada nos impide comercializarla. O entregarla al Gobierno por una suma respetable. O venderla a otro país, si no nos creen. Lo que sea, doctor Howard, pero hacer posible esa maravilla de alguna forma…

Y sus ojos azules, pequeños y miopes, contemplaban, como en trance hipnótico, la pequeña botellita conteniendo el líquido transparente, cristalino, de bello color caramelo, a la luz del laboratorio, puesto en medio de la mesa de trabajo, justo bajo el cono de luz de la lámpara.

El doctor Howard también dirigió su mirada oscura, bajo el ceño fruncido, a la botellita de apariencia normal y que, sin embargo, adquiría un mágico halo de fantasía y de irrealidad, a la luz de las palabras trémulas y excitadas del profesor Talbot, su creador.

—Profesor, no deje que la codicia le ciegue ahora —jadeó—. Es cierto que *eso* puede hacernos inmensamente ricos. Pero también puede causar mucho daño a todos, a la sociedad misma, a cuánto hay establecido.

—Doctor, ese producto maravilloso me ha costado años enteros de mi vida, como usted sabe. He gastado todo mi dinero en la búsqueda de la fórmula, del resultado definitivo que me proyectase a la inmortalidad, a la gloria científica. No voy a regalar todo eso al mundo, obsequiándole con algo que, como usted dice, puede hacer mucho daño, si no se controla. No todos tienen derecho a disfrutar de algo así, después de todo. Creo que deben ser personas elegidas, aquellos que gocen el privilegio de mi creación, doctor Howard.

—Pero si ni siquiera ha concluido sus trabajos, profesor —le advirtió, su compañero y colaborador, empezando a sentir miedo por la egolatría de Talbot—. No sabe los resultados definitivos, las consecuencias que pueda producir en el ser humano…

—¿Qué importa todo eso? —se encogió de hombros con desdén el profesor—. Simple perfeccionamiento. Usaremos cobayas para ir mejorando la obra. Lo positivo es eso: que está ahí. Que hemos conseguido lo básico: el suero capaz de producir algo que la Humanidad jamás soñó en conseguir.

—Algo que debería asustarnos, profesor.

—¿Asustarnos? —se irritó Talbot—. ¿Por qué motivo? Es algo sublime, fantástico. Algo que maravilla. El logro supremo de unos investigadores. Y a usted le asusta, doctor Howard… No tiene sentido que diga eso. Vamos, hay que iniciar inmediatamente las pruebas. Haremos ingerir unas gotas a nuestros cobayas, y veremos los efectos inmediatamente. Recuerde: sólo unas gotas. Tiene un sabor dulce y agradable que apetecerá a quienes lo prueben. Pero pasarse de la dosis podría dar resultados negativos, producir graves alteraciones en los tejidos, en el ser viviente. Es mi obra, sí. Pero todavía, ni yo mismo sé cuál puede ser su alcance definitivo… ni sus consecuencias, para iniciar la gran prueba en un organismo humano.

—¿No cree que es hora de descansar un poco, profesor, tras la tarea agotadora que llevamos estos días?

—¿Descansar? —negó vivamente Talbot—. Ni lo sueñe. Al menos debemos dedicar ahora el resto de la noche a los experimentos. Mañana podremos dormir cuanto queramos,» con la seguridad de unos resultados que pueden ser ya definitivos…

Y se encaminó, decidido, a una de las jaulas que contenían cobayas para experimentación, mientras el doctor Howard apoyaba sus dedos en el recipiente de vidrio del líquido color caramelo, con expresión entre dubitativa y preocupada.

Miró aquel cristalino contenido y meneó la cabeza, pesimista.

—No sé, no sé… —musitó—. Es maravilloso… pero me da miedo.

Luego, siguió al profesor para ayudarle en la nueva tarca iniciada. Ambos estaban demasiado absortos en su tarea para ver en las vidrieras chorreantes de agua de una de las ventanas del laboratorio, un rostro pegado repentinamente al cristal, una cara pálida y siniestra, en la que brillaban dos ojos dilatados con destellos de locura.

Aquel rostro flotó un momento en el sombrío exterior. Luego se

despegó de la ventana, dejando de mirar a los dos hombres de bata blanca que trabajaban en el aislado laboratorio situado en aquella granja perdida en la campiña azotada por el temporal.

Unas empapadas zapatillas blancas se hundieron en la tierra encharcada del exterior, circundando la casa. Una mano se hundió en el bolsillo, para reaparecer con una navaja de afeitar que produjo un leve chirrido al abrirse y mostrar su rectangular y terrible hoja, sobre la cual se quebró, lívida, la luz de un relámpago.

Ni el profesor Talbot ni el doctor Howard oyeron el leve chasquido que produjo la rotura de un vidrio en otro punto de la casa. Siguieron con su tarea, haciendo ingerir a unos cobayas unas gotas del líquido cristalino, introducidas en un cuentagotas pequeño.

Luego, encerraron a esos cobayas en una jaula determinada. Se quedaron absortos, contemplando a sus animalitos de pruebas. Ninguno de ellos sabía que la muerte caminaba ahora por la casa con unas chorreantes zapatillas de suela de goma.

Capítulo II

El constable John Nickleby meneó la cabeza con desaliento, terminando de apuntar en su agenda de tapas de hule, que guardó en un bolsillo del uniforme. Su mirada vagó por el laboratorio del profesor Edmond Talbot.

—Lo mismo que en el hospital psiquiátrico —dijo con voz sorda —. Una navaja de afeitar, sin duda. Les degolló a ambos sin dificultades. Creo que ni siquiera pudieron resistir. Ese hombre es una bestia salvaje. Cada tajo es una muerte segura…

El agente que le acompañaba, asintió, tras cubrir de nuevo los dos cadáveres.

—Profesor Edmond Talbot y doctor Mark Howard. Químicos —recitó, hojeando indiferente las documentaciones obtenidas—. Alquilaron esta granja hace seis meses, al parecer. Aquí tienen su contrato de arrendamiento.

—Lo sé. Pasaba a veces por aquí, y les veía. Parecían gente correcta, aunque poco o nada sociable. No recibían visitas ni tenían servidumbre. Una mujer del pueblo venía aquí cada semana a limpiarles la casa, eso era todo. Pero no entraba en el laboratorio para nada. Ellos mismas adquirían sus provisiones en el supermercado del lugar, adonde se acercaban con esa furgoneta que hemos visto en el garaje. Pobre gente… No tuvieron muchas oportunidades de defenderse. Les debió sorprender en plena tarca.

—¿De modo que es el mismo del hospital, constable?

—Por supuesto —afirmó el policía rural arrugando el ceño—. Allí asesinó al doctor Miles y la enfermera Parker, del turno de noche, a quienes por lo que he visto, sorprendió en un momento de intimidad que les había hecho incumplir su ronda habitual. Pero así ocurren a veces las cosas. Es un loco peligroso, llamado Desmond Darnell, según me ha contado el director del sanatorio.

—Desmond Darnell… ¿Tienen fotografía de él?

—Por desgracia, no. Falta su ficha del archivo. Eso indica algo: el tipo, además de loco y peligroso, es sumamente astuto. Se trata de un caso típico de psicopatía homicida. En realidad, creo que disfruta matando.

—Pero un loco no puede ir muy lejos, constable…

—Nunca se sabe —suspiró el policía amargamente—. Ya le he dicho que es listo y de gran astucia. Puede recurrir a artimañas y tretas para salir de la región. El peligro estriba en que se nos vaya de las manos. Sería una amenaza para todo el mundo, si no damos pronto con él. ¿Sabe por qué ingresó en ese hospital?

—Supongo que por otra felonía parecida…

—Mucho peor que eso. Asesinó a toda una familia, en cuya pensión habitaba. Cuando se le juzgó, había la posibilidad de enviarle a la horca, porque no estaba claro si lo hizo por demencia o por codicia y por desviación sexual, ya que existían indicios de violación en la dueña de la casa y en una hija de doce años que formaban parte de la masacre. Pero los psiquiatras dictaminaron que todo eso formaba parte de su enfermedad mental, que sólo había robado los ahorros y objetos de valor por cleptomanía, y que debía ser recluido a perpetuidad en un hospital mental del Estado. Así se hizo. Pero ahora, Desmond Darnell, un asesino loco, un psicópata peligroso, con desviaciones sexuales y sádicas sumamente agudas, anda suelto por ahí… amenazando muchas otras vidas mientras no vuelva a ser aprehendido.

El constable dejó de hablar, pascó por la estancia, pensativo, y luego contempló con interés un frasquito vado que había en medio de la mesa de trabajo, volcado y sin tapón. Ni una gota de líquido quedaba en él. Tocándolo con sumo cuidado, el constable Nickleby olfateó el interior.

—Algo dulzón y aromático —comentó, dejando de nuevo el frasquito en su lugar—. Tal vez una bebida. O un producto de laboratorio, ¿quién sabe? Pero tiene manchas de sangre en el vidrio. Como si no hubieran tocado unas manos ensangrentadas… Llévelo a examinar, por favor. Que lo analicen en el Condado o en Scotland Yard, si es preciso.

—Sí, constable —el policía ayudante envolvió el botellín en un pañuelo, y salió con él.

El constable Nickleby paseó hasta las jaulas de los cobayas. Sorprendido miró hacia una de ellas, la que estaba más cerca de los cadáveres. Pestañeó.

—Es raro… —comentó, empezando a contar de nuevo los animalitos que contenía y que se agitaban en su interior excitadamente—. Juraría que sólo había tres cobayas ahí dentro

cuando llegué aquí... Pero no hay duda que lo vi mal. Ahora hay siete, no cabe duda de ello... Y nadie ha tocado esa jaula, que está herméticamente cerrada...

Meneó la cabeza, perplejo, pero lo olvidó un momento después.

El constable Nickleby nunca llegaría a saber, posiblemente, que acababa de dar con la clave del asunto. Y que ésta había resbalado entre sus manos, como algo escurridizo y sutil.

* * *

Neil Freeman suspiró, contemplando la triste campiña. —El norte de Inglaterra es sombrío en esta época del año —comentó.

—Y tanto —admitió su compañero de asiento, bostezando—. Terriblemente sombrío. Llevamos varias semanas de lluvias coronantes en la región. Menos mal que el tiempo se anuncia algo mejor para ahora, aunque siempre con riesgo de empeoramiento súbito.

—Que, en resumen, viene a significar lo mismo —sonrió el que hablara inicialmente, sacudiendo la cabeza con cierto desaliento—. Y nosotros, teniendo que viajar de sitio en sitio» aunque caigan chuzos de punta.

—Es nuestro sino —sentenció el otro, riendo, con un encogimiento de hombros—. Mira, Freeman, tú tal vez no estés habituado todavía. Es el poco tiempo que llevas metido en esto del teatro, muchacho. Pero ya te irás acostumbrando a ir de acá para allá como una maleta, sin conocer otra cosa que trenes, hoteles y teatros de provincias. El ser actor no significa siempre ver uno su nombre con grandes letras luminosas en el Strand o en Picadilly. No, amigo mío. Londres queda muy lejos, sobre todo cuando se empieza en esta profesión. Y el Drury Lane o el Globe son simple utopía que, las más de las veces, uno nunca alcanza realmente.

—Sí que está dándome ánimos, Watson.

—Te digo la verdad, Freeman —suspiró Timothy Watson—. Llevo más de diez años haciendo de «villano» por esos escenarios. La única vez que he podido interpretar el Yago de *Otelo* o el Laertes de *Hamlet*, fue en compañías de pueblo. Una vez, incluso, llegué a representar el papel de Macbeth, pero eso ocurría en el colegio, cuando soñaba con ser el mejor actor de Inglaterra. Ahora, ya ves:

haciendo siempre el «malo» de nuestro *grand-guignol*, yendo de pueblo en pueblo con un pequeño tren de provincias, y nada más.

—De pensar que dice usted la verdad completa, ahora mismo me bajaría de este tren y volvería a mí vida anterior, olvidándome de que existe un escenario.

—No renuncies tan pronto —sonrió Watson, con cierto aire risueño ahora—. Siempre puede ocurrir que seas la excepción. Y quizá un día debutes en Londres como un actor de categoría, en un teatro decente.

—Quizá —admitió el joven Freeman, dejando vagar su mirada a través de la ventana del vagón, por la campiña grisácea, envuelta en la luz nubosa, con neblinas distantes y abundantes charcos y zonas inundadas al paso del convoy. Los árboles, desnudos de hojas, eran como esqueletos tristes, inmóviles en el paisaje— Pero lo importante ahora es el presente. Esa nueva obra que vamos a estrenar me tiene preocupado.

—¿Por qué motivo? —rió cínicamente Timothy Watson—. Su texto es tan absurdo y sin sentido como el de todas las demás obras que representamos. Hay en la obra sangre abundante, efectos de horror, hachas ensangrentadas y todo eso. A la gente provinciana le vuelven loca esos engendros. Después de lodo, ellos no disfrutan de emociones en su rutinaria vida, y esta clase de engendros en un escenario les llena de entusiasmo. La obra saldrá bien, ya lo verás. Vamos a un sitio tan enormemente tranquilo y tan pequeño, que ver esas atrocidades en un escenario les volverá locos de emoción. Seguro que jamás habrán visto nada semejante, Freeman.

Neil Freeman, el joven actor de la compañía teatral de *grand-guignol* de Malcolm McKey, se encogió de hombros, dubitativo. Iba a responder algo, cuando entró en el compartimento una joven pelirroja y de exuberantes formas, que se acomodó a su lado, besándole amorosamente.

—Ya estoy aquí, querido —dijo entregando a Neil un paquete de galletas y una lata de cerveza—. Eso es todo lo que he conseguido en el bar. Tienen muy poca variedad, eso es lo cierto.

—Bastará para aguantar sin comer nada hasta la hora de la cena en Abbotshead. Gracias, querida. ¿Tú no has comprado nada para ti?

—No tengo apetito, cielo —sonrió la pelirroja con un mohín

frívolo en sus carnosos labios—. Además, no debo comer demasiado. Recuerda que quiero adelgazar un poco.

—Tonterías —rechazó Freeman—. ¿No estás bien así?

—Según tú, si —rió ella con picardía, tensando el jersey sobre su cuerpo, de modo que destacara la firmeza opulenta de sus senos— Pero los hombres no sois de fiar. Os gustan las mujeres metidas en carne. Recuerda que me debo a un público. Debo cuidarme para seguir siendo la dama joven de una compañía.

—En esta compañía, lo mismo da —rezongó Timothy Watson con ironía—. Después de todo, siempre está el escenario casi a oscuras y la gente sólo mira las salpicaduras de sangre o las cabezas que ruedan por la escena.

—Eres muy alentador en todo, Tim —se irritó Candy Spencer, la dama joven de la formación teatral de Malcolm McKey—. Según tú, todo en esta compañía es una basura, ¿no es cierto?

—Bueno, casi todo —bostezó Timothy Watson, poniéndose en pie, y abriendo la puerta del compartimento—. Perdonad, amigos. Voy a estirar un poco las piernas, o acabaré anquilosado.

Se alejó, riendo burlonamente. Candy, furiosa, se volvió hacia Neil.

—Aborrezco a ese tipo —murmuró con rabia—. Es un perfecto villano, tanto dentro como fuera del escenario.

—Yo diría que es, más bien, un hombre amargado, resentido por su fracaso en la vida profesional —comentó Freeman, pensativo—. Hay que compadecerle, no odiarle.

—Es corrosivo, cínico y hasta insultante. La hace sentir a una como un gusano, como una actriz despreciable y de ínfima condición.

—Creo que eso le divierte y le hace verter la amargura que lleva dentro. No le hagas demasiado caso. A fuerza de representar al «malo» en todas las obras, ha terminado por creerse su propio papel. Dejemos a Timothy y pensemos en nosotros, Candy.

—Sí, tienes razón —se animó ella, pegándose al joven apresuradamente—.

Creo que es el mejor tema de que podemos hablar, cariño. ¿Eres feliz a mí lado?

—Claro. ¿Por qué no habría de serlo?

No sé… —hizo uno de sus mohines de niña adulta—. Esto

nuestro empezó hace dos meses, apenas iniciamos la gira por provincias con la compañía. Hasta entonces, no había sentido tanta atracción por ningún hombre.

—Ni yo por otra chica —sonrió él.

—¿De veras? —dudó Candy, mirándole con sus grandes ojos pardos. Le tomó las manos a su pareja, y las puso sobre sus firmes muslos, dibujados nítidamente por la falda estampada—. Neil, eres maravilloso. No te pareces a ningún otro actor de teatro que haya conocido.

—Tal vez porque no tengo mucho de actor —rió suavemente el joven.

—Eso es cierto. Interpretas bien, tienes una excelente voz y gustas al público femenino, no lo niegues. Pero no tienes aspecto de actor. ¿Realmente te gusta esto?

—¿El qué?

—Viajar, salir a escena, vivir en hoteles o fondas, no tener un hogar, ensayar y soportar los caprichos del estrafalario señor McKey, que se cree el mayor genio teatral de la época, o de Susan Lester, la gran actriz incomprendida… No, Neil. No pareces un actor, un hombre del mundo del teatro. ¿Lo eres, realmente?

—Creo que lo ves día a día —rió él—. Trabajamos juntos, ¿no?

—No es eso solamente, Neil —rechazó ella, con expresión pensativa—. Me pregunto qué clase de persona eres realmente. No sé nada de ti. Sólo que entraste como actor para suplir a nuestro anterior galán, y que me enamoré locamente de ti y fui tuya, y sigo siendo tuya. Pero ¿qué has sido *antes* de llegar a esto?

—Creo que ya te lo dije —suspiró Freeman, algo evasivo de repente—. Trabajé en unas oficinas, en un liana», en una agencia de publicidad en Londres… Hice teatro de aficionados en Liverpool y Manchester. Eso es todo. Finalmente, dejé mi último empleo, busqué trabajo en el teatro, y un agente de Londres me habló de una baja en la compañía de *grand-guignol* de Malcolm McKey, y acepté el contrato. Eso es todo. ¿Hay algún misterio en ello, Cindy?

—Me gustaría saberlo —se inclinó y le besó de nuevo—. Olvídalo, Neil. A veces digo tonterías. Pero es que en ocasiones, temo que todo, esto sea demasiado hermoso, que me haya enamorado de un hombre que ni siquiera existe…

—¡Qué tontería! —rió Freeman, rodeando a la muchacha con

sus brazos—.

Creo que soy bastante sólido, ¿no? Estoy aquí, estamos juntos los dos…

—Sí, eso es cierto, pero…

—Pero ¿qué, Candy?

—No, nada —suspiró ella—. La verdad es que también Thorold Benson, nuestro gerente y apuntador, es nuevo en la compañía. Pero es diferente. Él no me preocupa. Seguramente ha sido siempre lo que es, y nada más. Tú, en cambio, me intrigas. Porque te imagino cualquier cosa menos actor…

—¿Tan malo soy?

—No es eso, y lo sabes —rechazó ella, acariciando su rostro, dejando resbalar sus manos ávidas por el torso de él, mientras pegaba sus poderosos pechos juveniles contra el brazo de Neil—. Sólo tengo miedo. Miedo de perderte pronto…

—Tonterías, amor —susurró Neil, inclinándose y besando su cuello, su lóbulo de la oreja izquierda, mientras ella se estremecía en sus brazos—. No vas a perderme…

—Oh, cielo, estáte quieto o no podré soportarlo. Me van a parecer siglos las horas que faltan hasta que nos vayamos a dormir… Y entornó sus ojos, embelesada, pero se apartó de él, temiendo que lo peor resultara inevitable en aquel compartimento ferroviario, tal era su pasión hacia su pareja.

Se alegró de ello, porque momentos más tarde, el ajado rostro de Susan Lester, bajo su melena rubia platinada, obra del tinte, asomó por la puerta del compartimento, seguida por el rostro aguileño y rugoso de Malcolm McKey, el director y empresario de la compañía, de la que también era primer actor, mostrando su peluquín negro, impecable, y su impecable traje gris, el único en buen estado de todo su equipaje.

—Buenas tardes, parejita —saludó la primera actriz con una sonrisa que agrietó la considerable capa de maquillaje de su rostro maduro, falsamente rejuvenecido para seguir siendo la misma Susan Lester que había sido siempre—. Tenedlo todo a punto. Estamos llegando a Abbotshead. Es una estación pequeña y el tren se detiene muy poco tiempo, el justo para bajar nosotros y los equipajes. Podríais quedaros a bordo si os demoráis… y adiós debut esta noche. Benson ya debe haber montado el escenario en ese lugar.

Todo estará a punto. Tal vez llenemos, puesto que ha dejado de llover y el tiempo es más apacible que en días pasados.

—¿Apacible? —dudó Neil, poniéndose en pie y mirando huraño al exterior—. Pues cómo habrá sido tiempo atrás…

—Horrible —afirmó Malcolm McKey con aquel tono enfático suyo, que hacía suponer que se escuchaba a si mismo cada vez que hablaba—, Según el interventor del tren, se pasaron más de mes y medio de tormentas, y luego otros quince o veinte días de lluvias intermitentes y de intensas nieblas.

Freeman torció el gesto, sin hacer comentario alguno. McKey y la primera actriz parecieron buscar a alguien con la mirada.

—¿Y Timothy? —gruñó McKey.

—Estaba aquí hace un poco. Salió a pascar por el corredor —explicó Cindy.

—Vaya… Ahora a saber por dónde andará —se irritó Susan Lester—. Este Timothy se vuelve cada vez más raro…

—Y tan raro —sentenció McKey, ceñudo, alisándose en un gesto mecánico el engomado cabello artificial de su peluquín—. Desde que empezamos la gira, no parece el mismo.

—¿Por qué dices eso? —mostró Neil su extrañeza.

—Oh, por nada —McKey sacudió la cabeza—. Conozco bien a Timothy. Hemos trabajado durante años juntos. Ahora parece haber olvidado muchas cosas, se comporta de un modo raro. Si no fuera por su inconfundible cara de pájaro maligno, diría que es otra persona.

—¿Otra persona? —rió Candy de buen humor—. Eso tiene gracia. La cara de Timothy siempre ha parecido una máscara de goma, o como aquel siniestro personaje de Los Crímenes del Museo de Cera, que se cubría su verdadero rostro con una cara de cera. Pero yo jurarla que no ha cambiado en nada y sigue siendo el mismo…

—Tú lo conoces menos que nosotros, hijita —sentenció Susan Lester—, Malcolm tiene razón. Algo le pasa a Timothy para que haya cambiado tanto de carácter, no hay duda. A veces, incluso se olvida de pasajes de las obras que más ha representado. Y ahora, conociendo bien esta región, se le ocurre irse a pascar por ahí, dejando su equipaje en la red, justo cuando estamos llegando a Abbotshead.

Freeman miró por la ventanilla al silbar el tren en una curva. Allá, en la distancia, al pie de una colina, y envuelta en una bruma fantasmal, acaso procedente de los cercanos marjales que formaban una amplia extensión en el paraje, asomaba una pequeña y gélida estación ferroviaria, como perdida en el panorama campestre, y algo más lejos, ya virtualmente borrada por la niebla, la población a que correspondía aquella parada.

—Creo que ya estamos —dijo el joven, dejando su lata de cerveza a medio vaciar y las galletas sobrantes del paquete—. Bajaré el equipaje de Watson, por si acaso.

El convoy se detuvo en la estación con un chirrido de frenos. Al descender al pequeño andén azotado por una fría brisa húmeda, Neil Freeman se envolvió mejor en su gabardina, y atrajo contra si a la aterida Candy, que se estremeció pegada a él. Los bultos del equipaje fueron depositados en el mojado suelo, y las primeras figuras de la reducida compañía descendieron tras ellos, oteando todo el andén a ambos lados, en busca de Watson.

Finalmente, el tren silbó, iniciando de nuevo su marcha. McKey y Susan Lester cambiaron una mirada de inquietud. Cuando aceleraba ya el convoy, camino del norte, hacia la cercana divisoria con Escocia, alguien saltó precipitadamente al andén, buscando los equipajes con mirada frenética.

—¡Eh, por todos los diablos! —bramó Timothy Watson, pisando el andén—. ¿Y mis maletas?

—No te preocupes, Tim —le calmó McKey algo seco—. Freeman las bajó por ti. Pero ¿qué diablos hacías ahí arriba?

—Calculé mal y me pilló en el servicio —se excusó el otro, con su rastro hermético y anguloso convertido en una máscara sin expresión. Miró a Neil—. Gracias, muchacho. No me hubiera hecho gracia perder mis cosas.

—Te hubiera estado bien empleado, viejo tonto —le acusó Susan Lester con enfado.

—¡Vete al diablo! —se irritó Watson, farfullando una imprecación al recoger sus dos maletas, tan gastadas y viejas como él, hartas de andar de sitio en sitio.

—Hermoso lugar —comentó Neil, sarcástico, mirando al solitario jefe de estación que regresaba a su oficina, y contemplando luego el distante lugar entre la bruma—. Supongo que aquello es

Abbotshead.

—Lo es.

—Y distará al menos una milla…

—Poco menos, sí —sonrió McKey, encogiéndose de hombros y mirando con disgusto la fría llovizna que, sutil y menuda, empapaba ya su peluquín. Se cubrió con una gorra escocesa a cuadros, y tomó sus maletas—. Vamos. Habrá que ir andando. Ya lo hice otras veces en sitios más distantes…

Neil suspiró, sacudiendo la cabeza con disgusto. Miró a Candy, tomando los bultos de ambos en sus manos, y comentó entre dientes, echando a andar: —Creo que nunca debí meterme a este oficio, por todos los diablos…

Capítulo III

—Deben estar al llegar —comentó Thorold Benson, consultando su reloj—. ¿Ya tiene todo preparado, señorita?

—SI —afirmó la dueña del hotel—. Todo a punto. La cena preparada, las habitaciones dispuestas… Espero que les guste mi establecimiento.

—Seguro que les gustará —sonrió el hombre que ejercía, simultáneamente, las tareas de gerencia, atrezo, montaje del escenario y apuntador y traspunte en las comedias de la compañía de Malcolm McKey—. Hemos conocido lugares mucho peores, puede creerme. Su casa es acogedora y confortable, muy limpia, y con una cocina excelente.

—Es muy amable, señor Benson. Lo cierto es que nunca alojé aquí a artistas de teatro. Mi padre tal vez lo hizo, pero de eso hará años, y él dejó de existir cuando yo era casi una niña todavía. Además, entonces en Abbotshead había una pensión particular, más económica que el hotel…

—Cierto, eso tenía entendido por otros compañeros —asintió Thorold Benson, clavando una mirada de curiosidad en la joven y atractiva propietaria del hotel local—. ¿Qué fue de esa pensión, señorita Turner?

—Algo horrible —se estremeció Moira Turner, parpadeando con rapidez al oír aquel interrogante—. Un día alojaron en ella a un viajante de comercio llamado Desmond Darnell.

Resultó ser un psicópata homicida. Asesinó a la propietaria, a su criada, a la hija y a un sobrino.

—Dios mío… —Benson pareció anonadado—. Qué espantoso suceso…

—Ya puede imaginarlo. Un sitio pequeño y tranquilo como Abbotshead… — las manos delgadas, suaves y pálidas, de la rubia muchacha propietaria del hotel La Corona y el Escudo se movieron nerviosas, estrujándose entre sí—. Yo tuve la desgracia de ser testigo del suceso.

—¿Usted?

—Fui uno de los escasos testigos que pudieron salir con vida de aquel horror. Casualmente, había ido a ver a Laura, la dueña de la

pensión, para pedirle prestada por unas horas a su criada, ya que yo tenía lleno el hotel por entonces, y mi criada se había ausentado por una grave enfermedad de su madre. Como la pensión sólo tenía ese huésped por entonces, pensé que ella no pondría inconveniente en hacerme tal favor. Éramos buenas amigas y sabía que podía pedírselo. Al llegar, ese hombre, con un hacha ensangrentada, aparecía en la puerta de la cocina, salpicado horriblemente de sangre. Me miró con ojos enloquecidos, y vino hacia mi para unirme a la lista de víctimas que, sin yo saberlo, se hacinaban en la cocina de la pensión. Pude huir, y la policía local le capturó tras un duro enfrentamiento. Mi testimonio, unido al de un vecino de la pensión, fueron decisivos para su sentencia condenatoria, si bien los psiquiatras salvaron su cuello enviándole a un sanatorio mental.

—Debió ser una experiencia horrible para usted, señorita Turner.

—La peor de mi vida. Es algo que jamás podré olvidar mientras viva.

—Una historia digna de nuestro género —admitió Thorold Benson, meneando la cabeza—. No le aconsejo que vaya a vernos actuar, aunque puedo obsequiarla con una invitación.

También en escena hay hachas con sangre, muertes brutales y todo eso.

—Entonces, seguro que no iré —se estremeció la hostelera—. Gracias de todos modos, señor Benson. De haberme dicho usted que venían en el tren de esta noche, hubiera ido a recogerles con el coche. El trayecto de la estación aquí se hace muy largo en esta época del año.

—Oh, no se preocupe —rió Benson—. Mis compañeros están habituados a cosas así. Cuando se viaja por provincias, los actores deben armarse de valor y de fuerza. Ya deben estar llegando al pueblo, estoy seguro.

—Entonces, voy a prepararlo todo para la cena —se apresuró a decir Moira Turner, encaminándose a la cocina.

Thorold Benson la dejó ir con un gesto de asentimiento. Miró en torno suyo, al comedor limpio y pulcro, donde las mesas aparecían ya dispuestas, esperando a los comensales. Fuera, en la calle, oscurecía gradualmente, y la niebla se iba espesando por momentos, como era habitual en las vecindades de los pantanos.

Poco después, la puerta de vidrios emplomados del hotel, se abría para dar paso a cinco personas fatigadas, empapadas por la fina llovizna y la humedad ambiental, que dejando sus bultos en el suelo con suspiros de fatiga, se agruparon en torno a Benson con rapidez.

—Bien, ya hemos llegado —resopló Malcolm McKey, frotándose las ateridas manos—. ¿Todo dispuesto, Thorold?

—Todo, señor McKey —asintió su empleado—. El teatro, a punto. La cena y las habitaciones, también. Si quieren un baño caliente, creo que está a punto.

—Perfecto —aprobó el viejo actor, olfateando el aire—. Huele bien, Benson.

—Mejor sabe, señor —sonrió su gerente—. La comida hoy ha sido excelente. La señorita Turner, la hostelera, es muy amable y eficiente. Se lamenta de no haber ido a recogerles con su coche, pero yo no me atreví a pedirle ese favor, y los taxis aquí son tan escasos como caros. Sólo hay dos, y cobran tres libras cincuenta por ir y venir hasta la estación.

—Demasiado gasto —refunfuñó McKey—. Hizo bien, Benson. No podemos aumentar el presupuesto.

—De haberlo sabido, yo hubiese pagado ese taxi —refunfuñó Neil Freeman.

—Jovencito, no se permita esos lujos con su sueldo —terció vivamente Susan Lester—. Hay que saberse administrar para no desequilibrar la economía.

—Al diablo con eso —dijo el joven actor—. Voy a tomar ese baño enseguida. ¿Y tú, Candy?

—Por supuesto —asintió ella, mirando luego con rapidez a Benson—. Supongo… supongo que le habrá dicho a la hotelera que somos matrimonio. Ya sabe que en los pueblos no entienden ciertas cosas…

—Se lo dije, señorita Spencer —afirmó Benson, sonriente—. Pero no creo que puedan engañar a esa joven fácilmente. Parece muy lista y observadora.

—Dejemos esos asuntos, Benson —terció McKey—. ¿Cómo va la venta de localidades?

—Para el debut de esta noche, mal, señor McKey. La gente sale poco de noche en este pueblo, sobre todo en otoño e invierno, c

imagino que menos aún desde el crimen de la pensión…

—¿El crimen de la pensión? —mascullό McKey, arrugando el ceño—. ¿Qué es eso?

—Se lo contaré luego. Pero sepa que para mañana, por ser la feria anual de Abbotshead, el teatro está lleno para la función de tarde. Y posiblemente también haya buena entrada por la noche, al ser sábado además. El empresario local, que es a la vez el juez de Abbotshead, estaría dispuesto a prorrogarnos un día más, el lunes, si llenamos mañana, dado que es el segundo y último día de feria local.

—Excelente —McKey se frotó las manos, tomando su habitual aire grandilocuente—. Recuérdenlo todos. Esmérense para que la gente de este lugar se impresione y horrorice con nuestra actuación y llene mañana el teatro. Nos iría muy bien estar aquí sin movernos estos tres días, muchachos. Salvaríamos uno de los días perdidos de la gira…

—Tendremos que rizar el rizo si queremos asustar a la gente de Abbotshead —comentó irónico Thorold Benson—. Lo comprenderán cuando les cuente la historia completa de ese crimen de la pensión.

* * *

El silencio tras la cena se hizo casi tangible en el pequeño y confortable comedor de la Corona y el Escudo. Por un momento, pareció como si el excelente asado de cordero, con su guarnición de patatas doradas y zanahorias, y el *pudding* de manzana final, hubieran sentado pésimamente a los comensales.

Sin embargo, la digestión había sido excelente, y aún saboreaban los componentes de la pequeña compañía teatral las delicias del menú, cuando Benson sugirió a Moira Turner, la bella y joven propietaria de dorados cabellos y ojos azules y límpidos, el relato de la sangrienta historia de la pensión de Abbotshead.

Ella lo hizo sucintamente, sin recrearse en los macabros detalles de aquellas muertes, el intento de violación previo a la masacre de dos de las mujeres víctimas del maniaco, la dueña de la pensión, Laura Francis, y su hijita de doce años escasos, Saddie. Tampoco describió la espeluznante escena que más tarde revisaría el juez local, Jonas Pershing, empresario del teatro, y el encargado de la

ley local, Hasper Dodds. Pero todos podían imaginarse fácilmente la escena, con las tres mujeres, dueña, hija y criada, y el único hombre, sobrino de la propietaria, degollados como cerdos en la cocina, bajo el hacha de cortar leña, manejada por las poderosas manos de un loco, el viajante de comercio Desmond Darnell, llegado de Londres a Abbotshead como ángel de exterminio o mensajero de la Muerte en una fecha invernal muy parecí da a la que ahora vivían, con lluvias frecuentes, mal tiempo y nieblas densas, provocadas por los marjales.

—Después de todo eso, fue juzgado en el condado y sentenciado a muerte. Los psiquiatras salvaron su vida al declararle clínicamente como enfermo mental, y fue internado en un manicomio del Estado —concluyó Moira Turner con un suspiro.

—¿Era un hombre solitario? —se atrevió a preguntar Neil Freeman, siendo el primero de los huéspedes del hotel en romper el silencio.

—Al parecer, sí, lo era. Se sabía poco de su pasado. En Londres nadie sabía gran cosa de él tampoco. Según algunos, estuvo un tiempo en las colonias y regresó muy joven a la metrópoli.

—Usted lo recordará, sin duda —dijo con voz fría el inescrutable Timothy Watson, como un perfecto villano de teatro.

—No es fácil que pueda olvidarlo —se estremeció la hotelera afirmando con la cabeza—. Por eso desde entonces me aterran las películas y obras teatrales de carácter violento. Sé que eso puede no ser sólo cosa de ficción. Y que en la realidad resulta sórdido y repugnante.

—Comprendo lo que siente, señorita Turner —se apresuró a asentir Neil Freeman, ganándose una mirada de recelo de su pareja, a quien no parecía gustar demasiado que él prestara excesiva atención a una mujer atractiva y joven como Moira Turner—. Pero el asunto está cerrado, después de todo, ¿no es cierto?

—Sí, supongo que sí —los ojos azules de Moira se fijaron en él con viveza—. Hay un manicomio estatal en Darkmoor Hills, a bastante distancia de aquí. Es donde creo que encerraron a aquel monstruo para siempre…

—¿Para siempre? —rió una hueca voz desde el fondo de la sala — lamento llevarle la contraria, señorita Turner. ¿Es que nadie sabe aquí que Desmond Darnell escapó de ese manicomio hace poco más

de dos meses?

Moira lanzó un grito de sobresalto, y todos giraron su cabeza, evidentemente impresionados, hacia el hombre enlutado y poco tranquilizador que había aparecido en la puerta del comedor, empapado de lluvia, pálido y con una extraña sonrisa en su demacrado semblante, del color de la cera.

—¿Quién… *quién* es usted? —preguntó roncamente Moira Turner, casi asustada.

* * *

—Perdonen que me presente así, tan inoportunamente —la sonrisa del recién llegado se amplió, ostensiblemente—. Mi nombre es Alvin Kellaway y creí que tendría hecha mi reserva en este hotel por anticipado…

—El teléfono lleva dos días sin funcionar —dijo ella con un suspiro, recobrando parte de su color en las mejillas—. Hoy se reparó a media mañana, y nadie llamó para reservar nada, salvo los señores de esta compañía teatral…

—En ese caso, lamento molestarla a deshoras, señorita. Sí no hay sitio en su hotel, deberé buscar dónde alojarme. Con esta noche, no es agradable andar por ahí sin techo donde guarecerse…

—Espere. Hay sitio en el hotel, desde luego. Sólo dije que no sabía nada de un huésped llamado Kellaway…

—Se lo dije —terció otra voz bronca, desde el vestíbulo, apareciendo un segundo hombre tras el primero, sacudiéndose el agua de un impermeable negro, charolado por la lluvia. Y saludó jovialmente a la dueña del hotel—. Buenas noches. Moira. Yo soy quien ha traído hasta aquí a este caballero. Le indiqué que era muy probable que la reserva de habitación hecha por su empresa, no hubiera llegado aquí a causa del último temporal. ¿De veras tiene habitación para uno más?

—La tengo, señor Dodds —asintió ella, con un suspiro de alivio. Pasen y séquense, por favor. ¿Desea cenar, señor Kellaway?

—Si es posible… —el viajero se frotó las manos enguantadas—. Vengo muerto de frío y de hambre. Esta es una región poco acogedora en otoño.

—Es peor en invierno —rió el del impermeable negro que, al

despojarse del mismo, dejó ver su uniforme de la policía local—. Yo aceptaré un trago. Moira. Eso bastará. He cenado hace un rato, aunque mi cena no despedía el olor de su asado…

—Encontré al agente Dodds en el camino —explicó el viajero, despojándose también de su empapado abrigo y yendo a calentarse ante el alegre fuego de la chimenea—. Si no es por él, todavía andaría perdido por ahí. La niebla ha cerrado tanto, que no se ve absolutamente nada en las calles.

—Es bien cierto —asintió Dodds—, Es culpa de esos marjales. Cuando hay mucha humedad en el ambiente, se forma una bruma muy espesa.

—¿Cómo ha llegado usted a Abbotshead, señor Kellaway? —se interesó Malcolm McKey—. Creí que no había otro tren en toda la noche.

—Y no lo hay —sonrió el viajero de ropas negras y rostro céreo —. Si ustedes llegaron en el correo de las siete, es el último del día. Yo he venido en coche desde Sunderland, donde alquilé uno para recorrer esta región sin tener que depender del horario de trenes, escaso y no demasiado puntual.

—¿Conoce usted bien la región? —indagó Moira Turner.

—Sólo por referencias —rió suavemente el llamado Kellaway—. Conozco gran parte de Inglaterra, señorita Turner. Tenga en cuenta que soy viajante de comercio.

—Viajante de comercio… —repitió la hotelera con voz insegura. Y de nuevo pareció sobrecogida por algo, dando un paso atrás.

—¿Qué le pasa? ¿Le asusta mi profesión? —los ojos oscuros del recién llegado escudriñaron vivamente a Moira Turner—. ¿Es acaso… por Desmond Darnell?

—¿Quién le dijo ese nombre? —se asustó Moira.

—Mucha gente lo conoció en su día. Lo que me sorprende es que ignorasen ustedes las noticias de su evasión.

—¿Evasión? —repitió la joven, volviendo a palidecer—. Luego dijo usted la verdad antes. No era una broma.

—No creo que se pueda bromear respeto a un loco homicida suelto, señorita Turner —objetó con suavidad el viajero—. No, tío bromeaba. ¿Cómo no han llegado a enterarse?

—La verdad es que yo tampoco lo sabía —resopló Dodds, el policía—. Y fui yo quien capturó a ese monstruo. Han debido

publicarlo poco destacado en los periódicos…

—Tengo entendido que en principio decidieron no alarmar a la gente, dedicándose la policía a buscar a ese hombre por todas partes en muchas millas a la redonda, de forma discreta —explicó Alvin Kellaway con un bostezo, sentándose a una mesa individual, frente al fuego—. Luego dijeron algo los diarios, pero debió trascender poco la noticia. Lo cierto es que no lo encontraron nunca. Esté donde esté ese tipo, sigue suelto.

—Dios mío… —tembló Moira—. Es horrible imaginar algo así…

—¿Piensa que puede volver por aquí? —sonrió Kellaway, irónico.

—¿Por qué no? —Dodds se encogió de hombros, cachazudo, empezando a llenar de tabaco una pipa de brezo, vieja y quemada —. Yo recuerdo lo que dijo en el momento de ser procesado y condenado. Nos miró a todos con ojos terribles, agitando sus brazos esposados para amenazarnos con exterminar a todo el que le enviaba a un lugar de locos, a morir enterrado en vida. Dijo que un día volvería a Abbotshead para terminar con todos los que entonces le causaban da fio.

—Por favor, señor Dodds, no diga esas cosas —jadeó Moira muy inquieta—. Prefiero no recordarlo…

Pero la verdad es que lo dijo —concluyó cínicamente el viajante —. Y ustedes están asustados por ello. Por favor, señorita Turner, ¿puede servirme ya esa cena?

Capítulo IV

Levantó el hombre los ojos, sorprendido.

Estaba seguro de haber oído un ruido en alguna parte de la casa. Sin embargo, eso no era posible. Vivía sólo, y hada mucho tiempo de su soledad. Los únicos ruidos posibles podían proceder de la calle. Tal vez había oído mal. Simple imaginación o error auditivo. No podía ser de otra forma.

Alan Baxter se asomó a la ventana. Había dejado de llover, pero la niebla era muy espesa esta noche. La cercana farola del alumbrado callejero era apenas una mancha de luz difusa flotando en las brumas que parecían algo sólido, invadiendo las calles del pueblo.

Nada ni nadie. A aquellas horas de la noche, no era frecuente ver gente por la calle. El tiempo era inclemente. Y aún había miedo a la noche en la vecindad.

Miedo…

La idea hizo estremecer a Alan Baxter. Meneó la cabeza y dejó caer la cortina de la ventana. No era fácil olvidar cosas así, ciertamente. Allí nunca ocurría nada. Pero una vez ocurrió. Y eso nadie lo podía borrar de su mente. La niebla ni siquiera dejaba ver con nitidez la edificación vecina, todavía cerrada, vacía y silenciosa desde entonces. Nadie adquirió la vieja pensión de Laura Francis. En el fondo, la gente temía ocupar una vivienda donde cuatro seres humanos habían sido bestialmente sacrificados por un loco sediento de sangre.

De eso hacía ya más de dos artos. Pero el recuerdo seguía vivo en todos. Como si acabara de suceder. Regresó a su mesa, pensativo, encendiendo un cigarro y echando humo con aire preocupado. Ante él, sobre la mesa, estaba desplegado aquel prospecto publicitario del teatro Pavillion de Abbotshead.

Las rojas letras eran como un vago recuerdo más que añadir a aquel otro grabado en su mente:

EL HACHA SAGRADA DEL LOCO
Como desenterrar el pasado.
Como despertar viejos miedos y angustias.

Debajo, los demás textos impresos:

UNICOS DIAS EN EL PAVILLION DE ESTA CIUDAD:
LA COMPAÑIA DE *GRAND-GUIGNOL*
AL ESTILO CONTINENTAL:
PRESENTA SUS ALUCINANTES OBRAS DE TERROR Y DE «SUSPENSE»
¡NO FALTE!
MALCOLM MCKEY Y SUSAN LAESTER;
CON SU IMPRESIONANTE TEATRO DE HUMOR;
POR VEZ PRIMERA EN ESTA LOCALIDAD.

Apartó ese folleto, molesto. No le gustaba recordar el hacha. Ni el loco. Ni la sangre. Aquello no fue simple teatro. Ni trucos de escenografía. Fue realidad. Una dura y espantosa realidad.

De nuevo levantó la cabeza, intrigado y perplejo. No cabía duda. Esta vez no había error. Había sonado *dentro* de la casa. Un chirrido. Luego, roces en el sucio.

Una puerta abierta… Pasos. Si, era eso. Y dentro de su vivienda.

Un repentino escalofrío recorrió la espina dorsal de Baxter y erizó los cabellos de su nuca. Su casa era humilde y solitaria. Pero nunca hubo ratas en ella. Aquel ruido tenía que ser provocado por otra cosa. Tal vez… por *alguien*.

La idea le aterrorizó. Eso no tenía sentido. ¿Quién podía entrar en su casa de noche? ¿Por qué motivo?

Lamentó no tener teléfono para llamar a la policía. Nunca había tenido aquel chisme por la sencilla razón de que no lo necesitaba. El, un solterón viviendo sólo, sin otra ocupación que su jubilación y la lectura, ¿para qué podía necesitar un teléfono, si no era para tener más gastas inútiles?

—¡Eh! —voceó, haciendo acopio de valor—. ¿Quién diablos anda ahí? ¡Responda pronto o le rompo la cabeza!

Y para dar mayor fuerza a sus palabras, se acercó a un rincón y tomó un grueso palo seco y pulimentado, para dirigirse a la puerta de la estancia, dispuesto a dar un duro escarmiento a cualquiera que pretendiese molestarle o causarle un susto.

La abrió, enfrentándose con un largo corredor silencioso y oscuro que iba a morir en la cocina y el patio interior de la planta

baja. No vio a nadie. Absolutamente a nadie, pese a que giró un interruptor, y una bombilla amarillenta alumbró el lóbrego pasillo hasta el fondo.

Sin embargo, algo atrajo su atención: la puerta del patio. Estaba entreabierta, ahora podría dudar de si quedó abierta, y era el aire frío y húmedo de la noche el que provocaba los ruidos inquietantes.

Pero no. Estaba convencido. Recordaba haber girado la llave y haber lirado, para asegurarse, dado que el aire hacía crujir la madera en esos momentos. Avanzó, palo en ristre, dispuesto a lo que fuese.

Y, de repente, el horror atenazó su cuerpo todo, paralizando nervios, músculos y tendones. Los ojos se le desorbitaron, al ver emerger algo en el vacío, como flotando en el aire por artes mágicas.

¡Un gran cuchillo de su cocina, de cortar carne y trinchar huesos, *volaba* hacia él, sostenido por NADIE en el aire, como si estuviera dolado de vida propia!

—¿Qué… qué significa eso? —jadeó, convulso, el aterrorizado solterón, mirando incrédulo aquel objeto afilado que bailoteaba en derechura hacia su persoga, sin presencia humana de ningún género en el largo corredor—. ¿Qué sucede aquí?

Una risa hueca, siniestra, brotó de alguna parte. No supo de dónde, pero pareció emerger ante él, y extenderse con ecos siniestros por todo el pasillo, entre sus oscuros y húmedos muros. El cuchillo de enorme hoja triangular, hizo al mismo tiempo un extraño. Y se quedó clavado en una vieja chaqueta de pana que colgaba de un perchero, en la pared, como si *alguien* que no existía lo hubiere incrustado allí de un brusco golpe.

Un alarido ronco de horror escapó de labios de Alan Baxter. Agitó su palo en el vacío, sin aparente sentido, como si estuviera cazando fantasmas, mientras la voz, temblorosa, escapaba de su garganta a borbotones:

—¡Dios me proteja! ¡Si algún ser infernal o diabólico se ha materializado en mi casa, ayúdame, Señor, a deshacerme de él! ¡En nombre de Dios, yo te juro, alma infernal, a que abandones este lugar y seas maldito por toda la eternidad!

La única respuesta que recibió fue otra carcajada larga y burlona que heló la sangre en sus venas. Mortalmente pálido, Baxter estuvo

ahora más convencido que nunca de la existencia de algo maligno e intangible cerca de él.

—Alan Baxter… —siseó una ronca voz en algún sitio indefinido, rebotando sus ecos en las paredes—. ¡Alan Baxter, he vuelto a por ti! Te dije que vendría… y ha llegado el momento. Pagarás con la vida tus palabras de entonces… ¡Desmond Darnell ha vuelto para matarte, aunque no puedas verme! ¡Vamos, vamos! ¿Dónde estoy? ¿Es que no puedes adivinarlo? ¿No te asusta saber que te matará hagas lo que hagas, que estoy en este corredor, ante ti, aunque no puedas verme, pobre estúpido y cobarde?

—No, no… —sollozó Baxter, temblando, con el rostro blanco como el papel. No es posible… No puede ser Darnell… No puede ser que este aquí… y no le vea… a menos que haya vuelto del infierno, convertido en un servidor del diablo… ¡No puede ser!

El cuchillo se arrancó por si solo de la vieja chaqueta, volviendo a volar por el aire hacia él. Cayó de rodillas Baxter, sollozando y arrojando lejos de si su bastón, seguro de que no servía para nada ante aquella invisible amenaza llegada de lo insólito.

No, Dios mío, no… —jadeó, convulso, desesperado—. Esto no puede estar sucediendo… Es imposible… imposible…

—Nada hay imposible para mí, Baxter —dijo la voz macabra que no venía de ninguna parte—. Muere por cerdo embustero, maldita rata.

El cuchillo partió vertiginoso, en dirección a Baxter. Este alzó la cabeza, sus ojos se clavaron, desorbitados, en aquel acero puntiagudo que venía hacia él como una centella, recto y seguro, como movido de una mano inmaterial.

Quiso hacer algo, luchar contra lo imposible. Y no pudo ser.

El terrible y ancho cuchillo trinchante se incrustó de forma bestial en su pecho hundiéndose hasta la empuñadura, quebrando su tórax, reventando su piel y tejidos, haciendo estallar su pecho en un espantoso torrente de sangre que hervía, burbujeante y humeando, al brotar tumultuosa del atroz impacto mortal.

Rolos sus pulmones y tráquea, el infortunado solterón bramó, vomitando también sangre por su boca torcida, y rodó de bruces, mirando con infinito horror «incredulidad hacia algo que no le era posible ver algo que sin duda estaba allí, ante él, algo que acababa de destruir su vida… y que, sin embargo, no tenía forma ni materia.

Sus agónicos espasmos se ahogaron contra el suelo, entre borbotones sanguinolentos, mientras unas pisadas apagadas se perdían pasillo adelante, sin que nadie pareciera producirlas, porque nadie había allí, salvo el hombre moribundo.

La puerta del patio chirrió de nuevo, se abrió sola, fantasmal, y se cerró despacio, mientras sonaba una risa espeluznante y una voz que se alejaba hacia el exterior, anunciaba finalmente:

—Te lo dije, Alan Baxter. Desmond Darnell ha vuelto para ajustar cuentas… tal como prometió en su día.

La puerta se cerró tras el invisible poder mortal, sonando el chasquido seco de la cerradura al ser girada una llave desde el exterior.

Baxter, en medio de una laguna roja, era ya un simple cuerpo sin vida.

* * *

La cabeza rodó por el suelo, al caer el hacha sangrante de nuevo. Un cuerpo decapitado rebotó en el suelo, entre luces rojizas y espectrales. Gritos de terror acogieron la decapitación.

La sangre parecía escapar, tumultuosa, del cuerpo mutilado que se desplomaba trágica, grotescamente. Un alarido de horror sonó en las tinieblas, más allá de las luces rojas.

Y cayó el telón.

El segundo acto de *El Hacha Sangrienta del Loco* había terminado. La gente, sobrecogida, tardó unos momentos en reaccionar y aplaudir. Una especie de sensación de intenso frío se había apoderado del patio de butacas del teatro, donde apenas media docena de filas aparecían ocupadas por los espectadores en la inclemente noche.

Después, sonaron los aplausos. Calurosos y sinceros. A los ingenuos espectadores de Abbotshead les había gustado el trágico relato puesto en escena por Malcolm McKey y sus actores. Pero algo jugaba a favor de la compañía: el recuerdo de un hombre semejante en la propia comunidad.

Saludaron los actores, se hicieron las luces en la escena y el patio de butacas y todo pareció infinitamente más seguro y tranquilizador para los sobrecogidos espectadores.

—¡Perfecto, muchachos! —aprobó McKey, radiante, tras los cortinajes del escenario—. Está saliendo todo de maravilla. La gente está en nuestro bolsillo.

—Tal vez estén dispuestos a ello —señaló Neil Freeman secamente—. Recuerdo lo sucedido aquí hace tiempo, señor McKey.

—De todos modos, les gusta la obra, los trucos y efectos —rechazó con altanería el primer actor y director mirando fríamente a su subordinado—. De modo que sigan igual. Quiero que esto se llene mañana de un público de emociones, ¿entienden?

Una escotilla se abrió en el suelo del escenario, sobre el fondo de cortinajes negras, y emergió Candy Spencer, que había sido la «victima» decapitada por el loco asesino del drama teatral. La «cabeza» de cera, con cabellas rojos y el rostro exacto de la muchacha, era recogida y guardada en una sombrerera por Thorold Benson, el gerente, atrezista y traspunte de la reducida formación escénica. Ella se quitó la negra túnica que cubría su cuerpo y rostro, durante el efectista truco del final del segundo acto, y contempló con cierto desasosiego el «cuerpo» falso que ocupaba ahora en la escena, siendo retirado seguidamente.

—Da escalofríos pensar que algo así sucedió aquí en realidad, no hace mucho —comentó la muchacha, aferrando las manos de Freeman con viveza.

—Estás helada —señaló él, mirándola preocupado—. ¿Tienes frío?

—No, no es el frió —rechazó ella—. Creo que hoy me metí más en situación.

—Eso nos ocurre a todos —apuntó complacida Susan Lester—. Eso irá bien para el éxito. Esas cosas logran pasar las candilejas y llegar al público.

—Bah, tonterías —replicó Timothy Watson, apareciendo entre los cortinajes, con un ropaje lleno de falsa sangre, y sus dedos goteando hemoglobina—. Esa pobre gente cree revivir lo que entonces experimentó en la vida real, eso es todo. La obra sigue siendo tan mala como siempre. Y nosotros no hacemos gran cosa por mejorarla.

—Tú siempre tan alentador. Tim —se quejó McKey, airado, dando media vuelta—. Será mejor que vayáis a vestiros para el tercer acto, El intermedio será breve. Esa gente tiene miedo a la

noche, a la niebla y todo eso. Es preferible que vuelvan pronto a sus casas. Eso les animará a los demás a venir mañana, estoy seguro.

—Vamos, id a los camerinos —pidió Thorold Benson, llamando luego a los dos tramoyistas locales que le ayudaban al montaje—. Dentro de cinco minutos empezaré el tercer acto.

Se desalojó la escena, para el cambio de decorado. Cada uno fue a su camerino. Neil Freeman seguía apretando entre las suyas las manos de Candy Spencer, su compañera y amante. Observó de reojo que el rostro de la muchacha estaba demudado.

—Hemos hecho la obra otras veces —comentó—. ¿Por qué estás así hoy, Candy?

—No… no lo sé —gimió ella—. Puede que el ambiente de este pueblo me haya influenciado, aun sin quererlo. No puedo olvidar el relato de esa mujer…

—¿De la señorita Turner?

—Si. Se parece demasiado a esta obra… El loco, el hacha, la sangre, las víctimas…

—Sólo que esto es simple teatro. Una serie de trucos y jugarretas escénicas, no lo olvides.

—Cuando el autor escribió este drama, no sabía lo que se aproximaba a la realidad.

—Siempre ocurre así. Lo más increíble puede ser cierto —admitió Neil, frunciendo el ceño cuando se detuvieron ante la puerta de su camerino compartido—. Después de todo, quizás el autor se basó en hechos verídicos. Recuerda que la obra se empezó a ensayar cuando yo llevaba ya dos semanas en la compañía. Su autor pudo conocer estos hechos u otros parecidos. ¿No se rumoreó entonces que el verdadero autor es Malcolm McKey y que el nombre del supuesto autor es sólo un seudónimo suyo, para que todo quede en casa y cobrar los derechos de autor?

—Se habló de eso, pero quizá sólo fueron suposiciones. Lo hiciera quien lo hiciera, hasta hoy no me he sentido impresionada al interpretar esta obra. Neil. ¿Tú no?

—A mí no me impresionan las cabezas de cera, los maniquíes decapitados ni las hachas de plástico con hemoglobina —rió Freeman, risueño—. Lo que me afectan son los hechos auténticos, como ese múltiple crimen de hace dos años, en la pensión. Y, sobre todo, la posibilidad de que ese monstruo loco esté suelto otra vez…

—Por Dios, no hables de eso. Sólo faltaba suponer que regrese a Abbotshead, que acaso deambule por esas calles envueltas en niebla, acechando a quienes le acusaron entonces, a los que le enviaron al manicomio. Es una idea demasiado espantosa.

Entraron en el camerino. En pocos minutos cambiaron sus ropas para el tercer y último acto de la representación. Golpearon suavemente en la puerta con los nudillos, cuando Benson había avisado de que faltaban sólo dos minutos para levantar el telón. Ambos jóvenes se miraron. Candy parecía asustada. Neil sonrió, animoso.

—Vamos, vamos —la serenó—. Los locos no visitan a los artistas en sus camerinos. ¡Adelante, por favor!

Se abrió la puerta. Un caballero alto, elegante y de cabellos canosos, bien cuidados, asomó por el hueco. Vestía sobriamente de gris oscuro, y tendió su mano a ambos, con una cordial sonrisa.

—Soy el juez Jonas Pershing —se presentó—. Además de magistrado local, también soy el empresario de este teatro. Permitan que les felicite a ambos. Han estado magníficamente en el primer acto.

—Gracias, juez Pershing —sonrió Freeman, estrechando la mano del visitante—. Me alegra que le guste. No es un género demasiado refinado, pero el teatro tiene muchas facetas para gustar o impresionar a su público.

—De eso no me cabe duda —rió suave y jovialmente el juez—. La señorita Spencer es de una gran sensibilidad e inteligencia. Y usted, señor Freeman, está francamente bien en su papel. Les aseguro que voy a volver inmediatamente a mí butaca de platea para admirar el resto de la obra. Cuenten con el lunes para nuevas representaciones en esta población. Ya se lo he dicho también al señor McKey.

—Es muy amable, juez Pershing —suspiró Neil—. Estoy seguro de que ha dado una gran alegría a nuestro empresario con esa decisión, pero ¿no teme que en día laborable puedan mermar las liquidaciones de su teatro?

—No lo creo. Es último día de ferio y puede cuajar. Y si no… —se encogió de hombros, cuando la voz de Benson anunciaba el levantamiento del telón—. En fin, amigos, correré el riesgo. Ser juez es una obligación no siempre grata. Ser empresario y poder perder

algo de dinero, es un *hobby*, después de todo. Repito mi enhorabuena a ambos.

Estrechó con calor la mano de Candy, saludó cortés a Neil, y abandonó el camerino. Ella suspiró, y Freeman la abrazó, besándola los labios.

—Vamos, hay que ir a escena —la recordó—. Como verás, todos tus temores son infundados, querida. Esos crímenes y ese loco forman parte del pasado. Ese hombre es el juez que le condenó, y parece bien tranquilo, ¿no es cierto?

—Si —musitó Candy, aferrándose a la mano de Neil—. Pero preferiría haberme ido el domingo, en vez de seguir aquí hasta el martes. No me gusta ese aplazamiento. Neil. Me da miedo. Mucho miedo…

—Tonterías —sonrió Freeman—. Vamos al trabajo. Recuerda que todavía tienen que decapitar a otro personaje, antes de que yo, el héroe de la obra, capture al loco asesino…

—Por Dios, Neil, no bromees con esas cosas —se estremeció ella —. Te lo suplico.

Freeman la miró, sin comentar nada. Su regreso al escenario fue en completo silencio. Ni uno ni otro advirtieron que una puerta trasera del local se abría y cerraba suavemente, sin que nadie la tocara en apariencia. Una especie de ráfaga de aire agitó las cortinas negras del fondo y movió unas cuerdas, justo al lado de la primera actriz, Susan Lester. Esta miró, con sorpresa, junto a sí.

No vio nada ni nadie. En absoluto. Pero hubiera jurado que algo o alguien, un cuerpo sólido, le rozaba por un instante. Por supuesto, tenía que ser un error. Allí no había otra persona que ella.

En la platea, la gente chillaba. El *grand-guignol* de Malcolm McKey surtía de nuevo sus efectos sobre el público ingenuo y sobrecogido.

Capítulo V

—Es horrible… ¡Horrible! Dios mío, qué tragedia, qué nueva tragedia…

Neil Freeman despertó inmediatamente. Esas voces, esas palabras, sonaban repetidamente en el pasillo del hotel, delante de su puerta. Pisadas iban y venían. En la calle, creyó oír murmullos de gentes reunidas aquí y allá.

Miró de soslayo a Candy. Ella dormía, envuelta en las sábanas. Al moverse, uno de sus blancos pechos había quedado casi al descubierto. Lo tapó suave, cuidadosamente. Se incorporó. Fue a la ventana y asomó.

Era cierto. Numerosos corrillos de personas de ambos sexos se agrupaban en una y otra acera. El tema de su conversación debía de ser muy grave, porque gesticulaban y hablaban con evidente excitación.

Cautelosamente. Neil se vistió con rapidez, saliendo con sigilo al corredor y cerrando suavemente tras de sí. Se encontró casi de bruces con Alvin Kellaway, el viajante de comercio de las ropas negras. Ambos se miraron con fijeza, como preguntándose mutuamente algo que no necesitaba palabras.

—¿Sucede algo? —fue Neil el primero en romper el silencio.

—Sí, eso parece —suspiró Kellaway—, Es el destino de este lugar, evidentemente: sangre y horror. Primero fue Desmond Darnell, luego ustedes y su teatro del miedo… y finalmente esto.

—Lo nuestro es sólo eso lo que usted dijo —replicó Neil secamente—. Sólo *teatro*. ¿Qué es lo que ha ocurrido ahora?

—Otro crimen. Sangriento, espantoso. Como entonces…

—*Un crimen* —Neil Freeman apretó los labios con firmeza—. ¿Quién?

—La víctima, Alan Baxter, un viejo solterón, vecino de la pensión de Laura Francis… Le destrozaron el pecho con un cuchillo de cocina. Lo han descubierto esta mañana, cuando la mujer de la limpieza fue allí como cada día. Lo raro que todo estaba cerrado. Como si nadie hubiera entrado allí. El agente de policía Dodds asegura que jamás vio una expresión tan terrible en muerto alguno. Es como si hubiera visto algo espantoso, algo que no pudiera creer y

que le aterrorizó tanto como la misma muerte. Son palabras del propio Dodds, claro está. Yo no he visto el cadáver.

—Alan Baxter… Creo recordar que testificó contra Desmond Darnell, ¿no?

—Sí, eso dijeron anoche. Raro, ¿verdad? Todo el pueblo está conmocionado con ello.

—Resulta lógico — miró aprensivo hacia la puerta del dormitorio que compartía con Candy, preguntándose qué pensaría ella cuando supiera lo sucedido—. Bien, gracias, señor Kellaway.

—Oh, de nada. Voy a enterarme de más detalles. Pero desde luego, no por la señorita Turner. Está muy impresionada. Al oír la noticia se desmayó. ¿Y sabe qué dijo antes de desplomarse?

—¿Cómo podría yo saberlo? Me acuesto tarde. No he visto a nadie. Esas voces me despertaron, es todo.

—Pues la señorita Turner dijo simplemente esto: «Sabía que él volvería. Es obra de Desmond Darnell… Todos caeremos víctimas de su venganza.»

—La venganza de un psicópata homicida —se estremeció Neil Freeman, caminando hacia su dormitorio de nuevo—. Si, es una idea horripilante…

—Pero muy posible, mi querido amigo —rió Kellaway desagradablemente, a sus espaldas—. Porque si no, ¿quién desearía mal alguno a un viejo solterón como Alan Baxter, a quien ni siquiera han robado nada?

La puerta del dormitorio se cerró tras de Neil. Kellaway fue escaleras abajo, con un encogimiento de hombros y una mueca burlona en su desagradable rostro pálido.

Neil Freeman se encontró con dos sorpresas ingratas al entrar.

Candy estaba despierta. Sentada en el lecho, sin importarle que sus pechos desnudos, abundantes y marmóreos, asomaran en toda su plenitud sobre la sábana. Le miró fijamente al entrar.

—Es un crimen, ¿verdad? —jadeó—. Desmond Darnell ha vuelto a

Abbotshead…

* * *

Hasper Dodds carraspeó, mientras el juez Jonas Pershing hacia

una serie de anotaciones rápidas en un bloc.

—¿Por qué tuvo usted ese presentimiento, señora Freeman? —preguntó a Candy.

Ella vaciló. Neil se preguntó si era porque la llamaban así, no siendo cierto, o porque realmente no sabía cómo expresarse. Sin embargo, fue concreta en sil respuesta:

—No tuve un presentimiento, sino un sueño.

—¿Un sueño? —repitió Dodds, perplejo.

—Acostumbra ocurrirme —musitó la muchacha con ojos ensombrecidos—. Esta noche soñé que algo ocurría. Que Desmond Darnell volvía a Abbotshead y mataba de nuevo. Veía sangre, mucha sangre, y alguien sin rostro que me perseguía al descubrir mi presencia en el lugar del nuevo crimen… Ahí desperté bruscamente, con sobresalto. Pensé que todo era simplemente un sueño, pero recordé que muchas veces en mi niñez tuve sueños premonitorios, viendo anticipadamente cosas que luego sucedían Y me asusté Al ver a Neil preocupado y oír voces y comentarios en la calle y en el hotel, imaginó que, una vez más, todo había ocurrido tal como yo lo soñara.

—Habló usted de un hombre sin rostro… —comentó pensativo el juez Pershing—, ¿A qué se refiere con ese término?

—No sé… —Candy pareció de pronto sorprendida y miró de forma alternativa a sus interrogadores, el policía Dodds y el magistrado Pershing, para terminar aferrando una mano de Neil, en pie junto a ella, mirarle y murmurar: Creo que es justo lo que dije. Era un hombre, estoy segura. Pero al volverse hacia mí y mirarme, me aterró la circunstancia de que no tenía rostro.

—¿Eso quiere decir que iba enmascarado, cubierto con una capucha o con algo? —sugirió Freeman frunciendo el ceño.

—No —manifestó simplemente ella—. Quiere decir eso: que no tenía *nada*. Su rostro era un simple vacío.

Neil permaneció pensativo, con la mirada fija en ella. Incluso daba la impresión de que el joven actor revelase cierta sorpresa. En ese momento habló Dodds tras anotar la respuesta de la joven actriz:

—Es evidente que, al ignorar cuál era el verdadero rostro de Desmond Darnell, usted vio en sueños lo que de forma onírica le sugería su falta de identidad real: Un simple vacío en vez de una

cara que ignora cómo es.

—Probablemente sea así, pero ¿no cree que resulta poco serio buscar la verdad de lo sucedido en el sueño de una muchacha? —terció vivamente Moira Turner.

—Perdone, pero estamos buscando posibles rastros que nos lleven a Darnell —carraspeó circunspecto el juez Pershing—. Lo del sueño curioso de la señora Freeman, fue sólo una simple anécdota en todo esto. No se puede desechar la posibilidad de que alguien con cierta sensibilidad especial pueda *ver* o intuir cosas en sus sueños. De todos modos, tenemos un feo caso entre manos. No se comprende cómo pudo entrar y salir el asesino, porque todo estaba cerrado.

—Tal vez tenga llaves de la casa de Baxter —sugirió Freeman—. O unas ganzúas.

—Eso es posible, si. Pero enfrente de su casa hay una taberna, el *pub* La Zorra Dorada, y Annie Howell, la camarera del mismo, estuvo limpiando anoche las cristaleras, aprovechando que la poca gente que sale aquí de noche estaba en el teatro viendo su representación —dijo Dodds—. En ningún momento vio entrar ni salir a nadie de la vivienda, pese a que según los cálculos del doctor Kent, nuestro único médico local, y por tamo forense también, fijan la muerte de Baxter en la hora aproximada en que ella trabajaba en esa tarea.

—La niebla era muy espesa anoche —sugirió Moira Turner, pensativa.

—Sí, Moira, pero tú sabes la distancia entre la taberna y la casa de Baxter — objetó Dodds—. Pese a la niebla, se ve perfectamente si alguien entra o sale.

—Totalmente de acuerdo —suspiró el juez, haciendo otra anotación.

—Pues Desmond Darnell no es precisamente invisible —apuntó con ironía Moira Turner, estremeciéndose ante algún ingrato recuerdo.

—Neil Freeman giró rápido la cabeza, mirándola con ojos sorprendidos.

—¿Por qué dice eso? —preguntó, intrigado.

—Bueno, todos sabemos cómo era él. Joven, fornido, vigoroso. Puede que haya adelgazado en el manicomio, pero su aspecto físico

no puede variar mucho, ni siquiera después de estos dos años de encierro.

—Tal vez esa chica. Annie Howell, se entretuvo tomándose alguna jarra de cerveza durante la tarea, y ese momento lo aprovechó Darnell para entrar a por Baxter —sonrió Dodds encogiéndose de hombros—. Es una moza que gusta mucho del buen trago. Aunque ella diga que anoche no bebió porque sentía cierta irritación de garganta a causa de su catarro.

—El arma utilizada fue un cuchillo de cocina del propio Baxter, ¿no? —quiso saber Neil Freeman.

—Exacto —asintió el juez y empresario teatral de Abbotshead—. Un enorme, ancho y afilado cuchillo que servía para trinchar carne. Se lo clavó con tal fuerza al pobre Baxter que le destrozó virtualmente la caja torácica.

—Por Dios… —jadeó Moira, palideciendo.

Freeman sintió la mano de Candy apretando con fuerza la suya. Dodds, indiferente, concluyó por su parte:

—Eso confirma que, como dijo Moira, Desmond Darnell sigue siendo un tipo fuerte. Lo cual, unido a la energía que da la locura, le convierten en un ser sumamente peligroso. Habrá que empezar a pensar en dar una batida en la región para buscar a ese maniaco.

—Yo sugeriría una zona mucho más reducida —suspiró el juez. Golpeó con su fuerte dedo índice sobre la mesa, como si fuese su mazo en una sesión judicial—. Ese hombre está *aquí*. Y sigue aquí, en el pueblo. Esperando, acechando a su próxima víctima. Debería disponerlo todo para registrar casa por casa y granero por granero, granja por granja y rincón por rincón, Dodds. Que le ayude la gente en forma voluntaria, debidamente armada por si dan con él y resiste, como es lo más probable.

—Sí, señor juez —asintió el policía—. Eso se hará hoy mismo. Moira, ¿podremos registrar también su bodega y el desván?

—Claro —ella miró aprensivamente a sus pies y al techo—. Revisadlo todo a fondo. No quiero ni imaginar que pudiera ocultarse aquí esa bestia sanguinaria. Aún no he olvidado cómo me miró cuando le vi salir con el hacha, salpicado de sangre, y cómo corrió tras de mí, llamándome por mi nombre… No creo que me haya olvidado en estos años, puesto que tampoco olvidó a Baxter. Los dos fuimos sus principales testigos de cargo.

—¿El alegó inocencia, supongo? —terció Neil Freeman.

—Como todos —bostezó el juez Pershing poniéndose en pie—. Juraba y perjuraba que él bajó a la cocina de la pensión y se encontró a los Farrow y a Samantha, la criada, revolcándose en su sangre en plena agonía, y que al tratar de ayudarles le salpicó su sangre. Entonces oyó pasos y salió, encontrándose con Moira Turner. Era una versión ridícula. Ninguno la creímos. El jurado no tardó ni diez minutos en llegar a un veredicto. Sólo los psiquiatras pudieron salvarle alegando demencia homicida. Yo la acepté, pero siempre tuve mis dudas sobre su locura.

—¿Cree que lo que hace es obra de un ser normal? —dudó Freeman.

—Lo que creo que es encerrar a un ser tan peligroso, significa permitirle la oportunidad de volver, ¿no es cierto? Como así ha sido…

—Además, es obvio que es un loco peligroso. Lo confirman los médicos del centro psiquiátrico de Darkmoor Hills en un informe —explicó Dodds—. Y por si eso fuera poco, tenemos cuatro asesinatos que añadir a su cuenta: un médico y una enfermera del manicomio, y posteriormente dos científicos solitarios en una granja de las cercanías de Darkmoor Hills. A todos los asesinó con una navaja de afeitar, así consta en el informe del constable Nickleby de esa región.

—Y yo puedo confirmarlo —terció una voz suave y fría desde la puerta del comedor—. Leí todo lo sucedido en un amplio reportaje, caballeros, cuando estuve en Darkmoor hace unas semanas. Fue algo espantoso.

Una vez más, el viajante de comercio Alvin Kellaway hacia su entrada sigilosa e imprevista en el recinto, sobresaltando incluso al juez Pershing, que le miró ceñudo, con expresión poco complacida. El enlutado y pálido personaje, con sus guantes negros ajustados, con total indiferencia, fue a sentarse en su mesa de la noche antes, pidiendo suavemente a Moira:

—Por favor, señorita Turner, espero el desayuno…

—¿Quién es usted? —preguntó el juez Pershing fríamente.

Alvin Kellaway, viajante de comercio, señor —explicó el huésped—. Colega de Desmond Darnell, por cierto. Pero les aseguro que no tengo nada que ver con ese sujeto.

—Nadie ha dicho tal cosa —replicó Pershing con cierta sequedad—. Aquí conocemos muy bien a Desmond Darnell, por desgracia. Su rostro no se nos ha olvidado aún.

—Un rostro puede alterarse, juez, si una persona es lo bastante hábil para ello, ¿no es cierto, se flor Freeman? Anoche vi su obra, y al menos usted cambió hasta tres veces de rostro durante la misma…

—Es verdad —sonrió Neil—, Pero la vida no es un escenario, señor Kellaway. Resulta mucho más difícil engañar a los demás a plena luz. El maquillaje se vería sin dificultad alguna.

—Hay otros medios que el maquillaje, usted debe saberlo —sonrió a su vez Kellaway, mirándole divertido—. Añadidos de plástico, materias moldeables, goma, tintes, lentillas de contacto de diversos colores… La vida, señor Freeman, puede ser a veces un gran escenario si el actor tiene suficiente categoría para ello.

Y desplegando un ejemplar del *Sunday Times* de la semana anterior, el viajante se enfrascó en su lectura sin añadir una palabra más.

El policía Hasper Dodds y el juez Pershing habían dado por terminada la pesquisa en el hotel, y se encaminaron a la salida, aunque antes de salir, Dodds avisó amistosamente a Moira Turner:

—Tenga cuidado con los desconocidos, Moira, sobre todo durante la noche. Recuerde que usted, lo mismo que yo, que apresé a ese loco, y que el juez Pershing, que lo condenó, podemos ser la próxima víctima de su venganza.

—No lo he olvidado —susurró la hotelera con expresión sombría —. Durante la noche lo tendré iodo bien cerrado.

—Al parecer, eso no le valió de mucho al tal Baxter —fue el agrio comentario, tras su periódico, del viajante de comercio.

Pershing miró con disgusto al huésped, cambió una mirada significativa con el policía local, y ambos salieron del mismo, cuando ya Malcolm McKey, Susan Lester y el «villano» Timothy Watson, entraban en el comedor para el desayuno.

—¿No entramos nosotros en la encuesta? se sorprendió McKey, viéndoles partir.

—Parece ser que no es necesario —dijo Freeman—. Ellos no buscan a un actor sospechoso, sino a un criminal a quien creen conocer muy bien.

—Lástima — comentó Candy con ironía—. Le hubiera gustado el papel de héroe real, ¿verdad, señor McKey?

—Oh, eso carece de importancia —replicó con aire presuntuoso el viejo actor y empresario—. Nunca me ha preocupado la publicidad. Malcolm McKey es lo bastante conocido en toda Inglaterra para recurrir a efectos de tan pésimo gusto.

—No digas tonterías. Malcolm —se irritó Timothy Watson— Sabes que estabas muriéndote de ganas de aparecer en todos los periódicos como el actor que vivió en la realidad un suceso digno de sus obras.

—Tim, eres un perfecto cretino —replicó airado su superior—. Tus palabras resultan últimamente muy molestas y hasta groseras.

—Malcolm tiene razón —apoyó Susan Lester, que a la luz del día mostraba más que nunca las numerosas arrugas de su ajada piel —. Has cambiado mucho en estos últimos meses, Timothy. Sabes que Malcolm no merece un trato así.

—¡Id todos al diablo! —refunfuñó Watson airado, enea minándose a la salida con paso rápido—. Estoy harto de vosotros, de ese teatro inmundo que hacemos y sobre todo, de esa sucia obra del loco del hacha, que Malcolm parece haber plagiado del caso de Desmond Darnell. Porque no va a engañar a nadie sobre el padre de la criatura, diga lo que diga. ¡El escribió ese engendro, es evidente!

Y cerró de un portazo, en forma airada, haciendo temblar todos los vidrios emplomados del bello comedor de La Corona y el Escudo.

Los demás se miraron entre sí. Kellaway rió burlón tras el parapeto de papel del *Sunday Times*, ganándose una reprobatoria mirada de Malcolm y de Susan, mientras Neil Freeman se sentaba junto a Candy, y se disponían a iniciar el desayuno, que la hotelera empezaba a servir en esos momentos. Un grato aroma a huevos fritos, bacon y café se extendió por la sala.

—¿Es cierto que Timothy Watson ha cambiado tanto últimamente, Candy? — quiso saber Neil, mirando a su joven compañera.

—Ya hablamos de eso en el tren, ¿recuerdas? Si, ha cambiado mucho —asintió ella—. Es más irritable, más duro y amargo. Y más violento también. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, por nada. Estaba pensando, simplemente…

—¿Pensando en qué? —se intrigó ella.

—En algo que no tiene sentido ni relación con esto, pero que me ha impresionado el oírlo.

—¿Qué es ello?

—Ese hombre. Kellaway —le señaló con un leve ademán—. Mencionó que es posible cambiar de rostro en la vida real como hacemos en la escena…

—Es posible. Pero como tú dices, ¿qué sentido tiene hablar de eso ahora?

—Pensaba si sería factible que alguien pudiera *suplantar* a otra persona conocida. Y que no se notara ese cambio de persona salvo en leves detalles de carácter, de modo de ser y comportarse…

—No estarás sugiriendo que… que Timothy Watson pudiera estar… engañándonos… que *no es él*. Que es… *otra* persona.

—Ya sé que suena absurdo dicho así. Pero yo nada sabía de él hasta hace dos meses que le conocí.

—Y hace dos meses, Desmond Darnell huyó del manicomio. ¿Te refieres a eso? —los ojos de la bonita pelirroja se clavaron en él asombrada.

—Bueno, dices las cosas por lo claro, ¿eh? —rió Freeman—, Es lo que pensaba, si.

—Recuerda. Neil, que ni Malcolm McKey, ni yo misma, ni ninguno de nosotros, había oído hablar de ti antes de que te incorporases a la compartía en Londres, hace dos meses, al iniciar la nueva gira. No te habíamos visto antes. Por tanto, según esa teoría, tú *podrías* ser Desmond Darnell.

—Ya lo sé —sonrió el joven, desconcertándola—. Tienes derecho a sospechar de mí. Pero yo sé que no soy Darnell. Por tanto, puedo sospechar de los demás.

—Oh, Neil, esta mañana dices cosas absurdas. Este asunto te ha impresionado demasiado, querido.

—A ti también, sin duda. Recuerda que tuviste un sueño premonitorio.

—No me lo recuerdes —se estremeció ella, tomando un trago de café—. Fue horrible.

—Tuvo que serlo. El loco no tenía rostro, ¿verdad?

—No, no lo tenía. Es… es como si no hubiera nada en lugar de su cara. Nunca soñé nada parecido…

—Cálmate —él apretó cariñosamente su mano, pero tenía un peculiar destello en el fondo de sus pupilas—. Por fortuna, todo el mundo tiene un rostro. Candy.

Al menos, que yo sepa…

Y atacó los huevos fritos con aparente apetito, aunque sin dejar de pensar.

Capítulo VI

El sábado por la tarde comenzó de nuevo a desplomarse sobre Abbotshead la niebla densa de los marjales. Además, comenzó a caer una fina, pertinaz llovizna, y el aire se llenó de olor a humedad.

Pese a ello, el teatro estaba abarrotado. Tal vez la publicidad tétrica del último crimen, había despertado la morbosidad de la gente hacia un género truculento y sanguinario. En la función de noche también se mostraban buenos auspicios de cara a la taquilla.

—Ya saben —dijo Jonas Pershing, ahora en su papel de empresario—. Tienen asegurada la actuación del lunes, señor McKey. Esto marcha, amigo mío.

Malcolm McKey no cabía en sí de gozo por aquel éxito. Cuando se levantó el telón y sus ojos contemplaron la repleta platea y los palcos atestados, se hinchó como un pavo real, empezando a declamar con su habitual grandilocuencia de actor mediocre.

La representación comenzó en medio del expectante silencio del público, con el escenario en penumbras rojizas, una música de fondo de órgano, grabada en cinta magnetofónica, y efectos especiales de truculencia garantizada.

Fuera, en la calle, oscurecía ya, la llovizna era gélida y molesta, y los puestos y tenderetes de la feria local comenzaban a recogerse, para volver el lunes como último día de aquellas fiestas. La taberna La Zorra Dorada también aparecía llena, como todos los sábados, y las luces amarillas de sus ventanales recortaban en la bruma y en el pavimento mojado rectángulos de claridad macilenta. Dentro. Annie Howell servía jarras de cerveza sintiéndose pellizcar el trasero en cada mesa llena de vociferantes clientes.

Frente a la taberna, las mansiones solitarias y silenciosas de la antigua pensión de los Farrow y de la vivienda de Alan Baxter, eran como recuerdos en piedra de una sangrienta historia de horror y de muerte.

Las farolas se difuminaban en la bruma. La gente ya apenas circulaba por las calles. Hasper Dodds, policía local, se asomó a la puerta de su oficina, bostezó, y regresó al interior, sirviéndose un buen trago de whisky en un vaso de grueso vidrio, tras cerrar la

puerta vidriera bajo el farol azul de la pequeña estación policial.

—Peste de tiempo… —farfulló entre dientes, acercándose a la vieja estufa de hierro ennegrecido donde se calentaba un pote de café—. Y eso que iba a mejorar, según los boletines meteorológicos. Esa gente nunca da una en el clavo.

Se sirvió café, tras apurar un buen sorbo de whisky escocés, y se dispuso a leer el suplemento deportivo de un diario londinense algo atrasado. Su equipo favorito había ganado fuera, y ese acontecimiento quería conocerlo con todo detalle. Después de todo, no había gran cosa que hacer por el momento, ya que la búsqueda minuciosa de algún rastro del loco asesino, por toda la población, había dado resultado totalmente negativo, tamo para él como para su docena larga de voluntarios ayudantes.

Seguía sin saberse dónde se ocultaba el asesino. Y con una noche así, cualquier lugar de Abbotshead podía resultar sumamente peligroso. Aunque habitualmente no llevaba consigo arma alguna, siguiendo la tradición de sus colegas londinenses, esta vez se puso sobre el uniforme su correaje y la funda de la pistola con el arma dentro. —Por si acaso —se dijo, palmeando suave y afectuosamente el bulto marcado en la funda de cuero negro—. Con ese tipo no se puede nunca saber nada…

Abrió la radio, el viejo modelo que aparecía arrinconado en un punto de la estancia, junto a su escritorio, el teléfono y la vetusta máquina de escribir. Una música bailable se extendió por el recinto. Canturreó Dodds mientras se servía café y abría el periódico para leer el suplemento de deportes.

De súbito, se abrió la puerta de la oficina.

Sobresaltado, se incorporó, dejando caer el periódico y dirigiendo con rapidez su mano al arma enfundada. La retiró enseguida, llamándose a si mismo estúpido.

No había nadie. Sólo se trataba de una ráfaga de aire que sin duda empujó la hoja de madera y vidrio, porque no aseguró bien el pestillo. Se dirigió allí en dos zancadas y cerró de nuevo, asegurándose esta vez de que el pestillo encajase.

La radio, a su espalda, dejó de emitir música. Dodds se volvió, perplejo. No es que la emisora hubiera dejado de emitir. No había luz en el dial. Estaba apagada.

Soltó una imprecación y fue hacia allá. Manipuló el botón. Para

asombro suyo, estaba cerrado. Al girarlo de nuevo, la música se reanudó. Rascándose los cabellos cortados a cepillo, masculló:

—No lo entiendo. ¿Cómo pudo cerrarse sola?

Esta vez, tuvo que girar hacia otro punto de la salita, con nuevo sobresalto.

El pote de café se había derramado sobre la estufa. La infusión burbujeaba, sobre el hierro caliente, goteando luego al suelo. Maldijo todo lo habido y por haber, y miró en torno, como preguntándose qué clase de corriente o movimiento pudo haber hecho perder el equilibrio al sólido pote. Apenas había puesto éste de nuevo en su posición normal, un estallido de vidrios le hizo girar sobre sí mismo, empezando a preguntarse si no estaría loco.

La botella de *scotch* había caído de su estante en el pequeño armario, haciéndose añicos en el suelo, y derramándose el preciado licor.

—¡Por todos los diablos! —rugió—. ¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Es que hay brujas?

La sangre se heló en sus venas. Una risa hueca, apagada, había respondido a sus palabras. Y sonaba *allí dentro*. Miró en torno, angustiado. Seguía estando solo.

—No puede ser —manifestó hablando consigo mismo—. Debí beber más de la cuenta…

—Hasper Dodds, soy Desmond Darnell —dijo una voz susurrante cerca de él—, Y he venido a por ti.

Giró tan rápido, que derribó la silla y de nuevo el pote de café voló por los aires. La voz había sonado tan próxima, que incluso había notado la escalofriante impresión de que un aliento humano *rozaba* su piel, en la mejilla.

Con ojos desorbitados, descubrió entonces que algo movía sus papeles, descolgaba el teléfono… y el auricular permanecía flotando en el aire, como por arte de magia o por un increíble fenómeno de levitación.

—¡Nooo! —jadeó, crispado, llevando esta vez su mano temblorosa al arma de su cintura—. No puede ser cierto lo que ven mis ojos…

La risa se repitió en otro punto de la habitación y colgaron el teléfono. Nuevos papeles bailotearon por los aires, antes de que la radio volviera a cerrarse misteriosamente.

Era demasiado para un hombre, por muy policía que fuese. Dodds, angustiado, logró extraer su arma de fuego. Apuntó al vacío, a la nada, sin blanco para elegir. Todo, de nuevo, se había quedado inmóvil. No se oían sonidos.

Si había «algo» o «alguien» allí dentro, pensó el policía, estaba quieto, al acecho. Mirándole acaso desde la nada…

De repente, unas vagas palabras le asaltaron, como un recuerdo malévolo:

«…Veía sangre, mucha sangre, y alguien sin rostro me perseguía… SIN ROSTRO…» ¡Sin rostro!

Hasper Dodds, lívido, sudoroso, giró sobre sí mismo, dispuesto a hacer fuego sobre la primera cosa que se moviese. Las palabras de Candy, la joven actriz, martilleaban su mente.

De pronto, un roce erizó sus cabellos. Justo a su espalda se producía.

Giró sobre sus talones una vez más, con el dedo en el gatillo. Exhaló un alarido de horror, y disparó.

Pero no pudo evitarlo. El hacha cayó sobre él. Era el hacha de cortar leña para la estufa. Pequeña y no muy afilada. Pero suficiente, si se utilizaba con fuera, para hundirse en la cabeza de un hombre.

Sintió que algo helado y terrible se incrustaba en su frente, partiéndola en dos. La sangre corrió por su rostro cegándole. Lanzó un grito terrible, se precipitó hacia adelante, dejando caer su arma, golpeando el vacío con ambos brazos, que giraban como aspas.

Quebró los vidrios de la puerta, cayó al exterior, con el hacha clavada en su cráneo. Emitió un terrible alarido en la niebla:

¡Es invisible! ¡Es invisible! ¡Está ahí, en mi oficina! ¡Desmond Darnell es… in…visible…!

Su vida se agotaba por momentos. Osciló, cayendo de bruces en el bordillo, junto al último tenderete de feria que permanecía allí, a punto de ser recogido. Un aterrorizado buhonero le miró con expresión de angustia, y luego contempló la luz de la pequeña estación de policía con la vidriera destrozada por el agente. El buhonero se ocultó rápidamente tras su tenderete, agazapado, al ver que esa puerta se abría sola, para volver a cerrarse… y algo, unos pasos o unos roces en el pavimento mojado de la calle, se alejaban a toda prisa.

Aunque él no vio absolutamente a nadie en ningún momento, salvo al infortunado policía que yacía en un charco de sangre, junio a su puesto de venta.

Esperó allí un tiempo antes de incorporarse, y comenzar a correr, gritando a todos los puntos de la calle:

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Un policía muerto! ¡Socorro! ¡Vengan, pronto! ¡Han asesinado a un policía…!

* * *

La compartía teatral de Malcolm McKey permanecía acurrucada en silencio, en el fondo del comedor del hotel. Moira Turner, sentada en un sillón, era la viva imagen del terror y la angustia.

Alvin Kellaway, el viajante de comercio, pascaba arriba y abajo, taciturno, ante el fuego del hogar. Linternas y antorchas encendidas pascaban de vez en cuando por la calle, arriba y abajo, y grupos armados de hoces, cuchillos., palos y hachas, recorrían la población en todos los sentidos.

El juez Jonas Pershing, con el rostro demudado y las manos temblorosas, se enfrentaba a todos los presentes tratando de aparentar una serenidad que no sentía.

—Esto es lo ocurrido hoy, señores —dijo al fin con un suspiro—. Hemos perdido a un policía y a un buen amigo y vecino de todos. Hasper Dodds ha sido la víctima número dos de Desmond Darnell en su demencial venganza. El pobre fue sorprendido en la estación policial y, aunque disparó una vez su arma reglamentaria, no pudo evitar la muerte a manos de ese maniaco.

—Pero eso no es lo peor, ¿verdad, juez? —inquirió Neil Freeman sombríamente.

—No, señor Freeman, con ser malo, no es lo peor. Esta vez, Dodds sobrevivió unos momentos a su muerte. Y tenemos un testigo de la misma. Cierto que es un hombre poco fiable, porque se trata de un buhonero que vende por las ferias, llamado Terence Gaylord. Suele beber más de la cuenta el pobre diablo, y cuenta muchas fantasías para vender mejor sus productos. Sin embargo, esta vez no parece hacer propaganda cuando jura y perjura que no había nadie en la estación policial salvo el propio Dodds, que vio abrirse y cerrarse la puerta de la oficina por sí sola, que está seguro de haber

oído unos pasos alejándose aunque no vio a nadie… y que Hasper Dodds, en su agonía, sólo repetía unas palabras. «¡Es invisible! ¡Es invisible! ¡Desmond Darnell es invisible!» Según el buhonero Gaylord, murió con esas palabras en sus labios.

—¿Invisible? —repitió sordamente McKey—. Eso es absurdo, señor juez.

—Lo es —admitió el juez, clavando sus ojos preocupados en el primer actor—. Pero ni siquiera Gaylord inventaría nada parecido. No tiene imaginación para tanto.

—No irá a decirnos que usted cree que existe un ser invisible… —terció Susan Lester, con tono despectivo.

—Yo no puedo asegurar tal cosa, señora —se irritó el magistrado. Carraspeó, como en él era habitual, y luego prosiguió —: Había mucha confusión dentro de la oficina de Dodds, como si alguien hubiera removido todo aquello. Gaylord insiste en que nadie salió por aquella puerta tras la muerte de Dodds. Y el lugar no tiene otra salida. Eso sí, insiste en que la puerta se abrió y cerró, pero sin salir nadie visible.

—Ese buhonero, ¿no vende viejos folletines? — rió Timothy Watson, sarcástico.

—No, señor Watson. Sólo vende baratijas, pañuelos, bufandas, gorras y juguetes, entre otras cosas. Su aliento no olía a alcohol en absoluto cuando fue atendido por mí y por otros que acudieron a sus gritos de socorro. Parecía realmente aterrado.

—Yo también lo estaría si hubiese visto caer a ese Dodds junto a mí, con un hacha clavada en la frente —jadeó Thorold Benson, el gerente de la compañía, encendiendo un cigarrillo con mano insegura.

—Su terror era de otro tipo —objetó el juez—. Miraba a todas partes con temor, como si en el vacío mismo pudiera haber un enemigo acechándole. Dice que el invisible asesino puede estar junto a él para silenciarle.

—Todo esto es ridículo, señor juez —protestó Alvin Kellaway de pronto—.

¿Qué tenemos que ver nosotros con su historia de un asesino a quien nadie ve? ¿Por qué nos ha reunido a todos aquí esta noche?

—Lamento molestarles. Sé que usted tiene que cenar y descansar, y estos señores volver al teatro a representar la función,

pero también sé una cosa — sostuvo el juez Pershing con energía—. Todos ustedes son los únicos forasteros en Abbotshead. Y por tanto, los únicos sospechosos.

—¿Sospechosos? —repitió Freeman sin mostrar disgusto alguno —. ¿Qué significa esa palabra, señor juez? ¿Por qué sospechar de nadie, si usted conoce bien a Desmond Darnell, igual que la señorita Turner y el resto de la población?

—Tal vez estemos fantaseando, como muchos de ustedes suponen —suspiró el juez—. Pero he decidido tomar en serio las palabras del señor Kellaway. Un buen actor puede engañarnos a todos con una falsa identidad. Un hombre, visible o no, puede crearse un nuevo rostro si tiene habilidad para ello. ¿Por qué no suponer que Desmond Darnell es un loco lo bastante astuto como para alterar su aspecto físico, regresando aquí bajo otra personalidad que no despierte sospechas?

—Si fuese invisible, eso sería más difícil, juez —apuntó Kellaway, irónico—. ¿Cómo esconder un cuerpo sin forma? ¿Con ropas solamente? Quedan las manos, el rostro, el cuello…

—Señor Kellaway, usted *siempre* lleva guantes —señaló agudamente Pershing—. ¿Por qué no nos hace el favor de quitárselos un momento aquí, ante todos?

El viajante de comercio pareció sorprendido y puso gesto de desagrado. Se miró las manos enguantadas. Estaba ligeramente pálido.

—¿Es… absolutamente necesario? —dudó.

—Sí, por favor. Lo es. Puedo obligarle a ello como magistrado local, si se niega. Hasta que llegue otro policía a suplir a Dodds aquí, yo soy la única ley.

—No necesitaba llegar a tanto, señor juez —suspiró el viajante de comercio—. Pero de veras me causa usted un grave daño al hacer esto…

Se quitó los guantes. Alargó sus manos. Moira Turner y Candy lanzaron sendos gritos leves, de angustia y de cierta repulsión. Kellaway sonrió tristemente exhibiendo sus manos.

Aparecían desolladas, cubiertas de llagas, informes y repugnantes. Hasta el juez Pershing se echó atrás ligeramente, impresionado.

—Lo siento —manifestó roncamente—. No podía saber eso. Pero

era inevitable, señor Kellaway.

—Sí, comprendo —volvió a enfundarse ambos guantes, penosa su expresión—. Antes de ser viajante, era químico. Hubo un error con ciertos productos. Me abrasé las manos. No es agradable que la gente las vea así.

—Juez Pershing, creo que está propasándose en sus atribuciones —protestó vivamente Malcolm McKey, adelantándose como si fuese hacia las candilejas de la escena—. El hecho de que usted dé crédito a la absurda historia de un buhonero borrachín y fantasioso, creyéndose ese disparate de un hombre invisible, no le permite causar daño moral a los demás.

—Repito que lo he sentido, señor McKey —se irritó el juez, encarándose con el actor—. Pero cumplo con mi estricta obligación. Mientras no haya más evidencias, recuerde que tenemos un testigo: el buhonero Gaylord, que afirma que había un ser invisible, y que así lo dijo Dodds antes de morir. Por otro lado, tenemos algo más, les guste o no. La camarera de la taberna La Zorra Dorada no vio *a nadie* entrar o salir de casa de Alan Baxter anoche, e insiste en que no dejó de limpiar cristales durante más de una hora. Y, por último, tenemos un testimonio onírico en la señora Freeman. Ella soñó con «un hombre sin rostro», ¿recuerdan?

Se hizo un profundo silencio. Candy, asustada, aferró las manos de Neil Freeman, clavando sus ojos angustiados en el juez Pershing, que la sonrió amablemente.

—Es… es cierto —jadeó ella—. Dios mío… No pude intuir… una cosa así.

—Tal vez no. Ó tal vez sí, señora Freeman —suspiró el juez—. Por el momento, lo cierto es que Desmond Darnell no aparece por ninguna parte. ¿Por qué no admitir la remota posibilidad de que sea invisible?

—Oh, señor juez, estamos delirando todos —saltó airado Timothy Watson—.

Yo…

En ese momento sonó el teléfono del hotel. Moira fue a él, dominando un estremecimiento. Lo descolgó, preguntando. Luego, tendió el aparato al juez.

—Para usted, juez Pershing —dijo—. Es de Darkmoor Hills…

El juez le dio las gracias, yendo presuroso al aparato. Habló por

él breves momentos. Colgó, regresando al comedor pensativo. Miró a los presentes.

—Por favor, pueden ustedes cenar tranquilos —pidió—. No les molestaré más. Pero vivan todos alerta. Especialmente usted, señorita Turner. Sólo quedamos ahora usted y yo, para que Desmond Darnell complete su venganza.

—No lo he olvidado —musitó ella débilmente.

—El que llamaba era el constable John Nickleby, de Darkmoor Hills. Vendrá a suplir al difunto Dodds provisionalmente, hasta que nombren a otro sucesor oficial. Él tiene cierta experiencia en este caso. Encontró los cadáveres de dos científicos muertos a manos de Darnell en las cercanías del manicomio de Darkmoor Hills. ¿Y saben lo que me ha dicho cuándo le hablé del testimonio del buhonero Gaylord? Que él tiene motivos para pensar lo mismo. Extraño, ¿verdad, señores?

Y abandonó bruscamente el comedor, dejando a todos sumidos en un silencio profundo y sobrecogedor.

Capítulo VII

La función de la noche entró en su tercer acto.

—¡Freeman, a escena! —se oyó gritar la voz de Thorold Benson desde abajo.

Neil terminó su nueva caracterización, y se volvió hacia Candy, que estaba maquillándose con lentitud superior a la habitual, quizá todavía impresionada por el curso de los últimos acontecimientos en Abbotshead.

—No te retrases. Dentro de siete u ocho minutos entras en escena. Candy. Hoy vas muy despacio.

—Lo sé —musitó ella, dejando de maquillarse los ojos con su mano temblorosa—. No puedo evitarlo, Neil. Ve tú, por favor. Bajaré enseguida.

—Está bien. Pero no tardes mucho. No me gusta dejarte sola ni siquiera aquí, en el camerino.

—¡Qué tontería! —rió ella suavemente, mirándole a través del espejo—. Ve abajo, querido. Yo cerraré con pestillo para que estés tranquilo.

—De acuerdo —besó su mejilla al inclinarse—. Después de la función, tenemos que hablar. Candy.

—¿De qué, Neil?

—De algo que nos afecta a los dos. Cuando veníamos hacia este lugar, me preguntaste algo. Creo que ha llegado el momento de que yo te responda. Es justo que sepas la verdad.

—¿Qué verdad? —se extrañó ella.

—*Mi* verdad. Creo que no debe haber secretos entre los dos —sonrió, agitando una mano desde la puerta—. Y recuerda: ciérrate bien por dentro. Aunque nosotros no tenemos nada que ver con la tragedia de este pueblo, recuerda que Desmond Darnell es un demente. Y además, una vez intentó violar a dos mujeres antes de degollarlas a hachazos…

Candy asintió, estremecida. Se apresuró a cerrar la puerta con el pestillo, regresando al tocador para reanudar el maquillaje que tan mal se le daba esta noche.

Abajo, la gente gritaba, angustiada, en el patio de butacas, con uno de los macabros efectismos de la obra. Candy oyó las pisadas

de Neil, perdiéndose en la distancia, hacia la escena.

—Su verdad… —musitó, contemplando su propia imagen—, Sabía que había una verdad. Pero no puede ser nada malo ni inconfesable. Algo me dice que Neil no puede ser así. Y. sin embargo, algo oculta… ¿Qué podrá ser ello?

Continuó su tarea de maquillaje con mayor ilusión, pensando que esa misma noche iba a despejarse una incógnita en su vida. Y en la de Neil también. Estaba empezando a notar que aquello era algo más que un vulgar romance de la vida teatral, como tantos otros existían en su mundillo. Estaba comenzando a sentirse enamorada. Era tan fácil amar a un muchacho como Neil Freeman…

De pronto, los ojos se le desorbitaron.

—No, no es posible… —gimió, notando cómo se alzaba el pestillo de la puerta como por arte de magia, sin que nadie lo tocara —. No se puede abrir más que *por dentro*. No…

Lívida, se incorporó, dejando caer su asiento al suelo y derribando un pote de polvos que flotaron, aromáticos, en el aire, empolvando el espejo.

La puerta del camerino se abrió lentamente. Candy miró con terror hacia allá, empezando a retroceder.

—¿Qué… qué significa? —comenzó, aterrada—. ¿Qué es lo que…?

Como fascinados, sus ojos se clavaban en aquel hacha manejable y afilada que se reflejaba con siniestros relampagueos en el espejo y se movía, implacable, hacia ella.

Lanzó un agudo, estridente grito de terror…

Pero justo en ese momento, abajo, en el escenario, se producía un terrible efectismo que provocaba el grito del público. Y se ahogó así el alarido de Candy Spencer al venir hacia ella el hacha y golpearla…

Cayó contra el tocador, del que derribó todos los botes y tarros con su brazo. De allí, se fue al suelo, donde quedó inmóvil. Una sombra humana se inclinó sobre ella. Un ronco jadeo invadió el pequeño camerino.

* * *

Neil miró angustiado hacia los bastidores. No vio a Candy entre cajas. Frente a él. Timothy Watson acababa de irrumpir en escena, con su aire de malvado, y era el momento de aparecer también Candy por el lado opuesto.

Sus ojos se encontraron con los de Thorold Benson. El gerente y traspunte sacudió la cabeza negativo, mirando hacia arriba. Por otro punto asomó la cara preocupada de Malcolm McKey, al notar el bache en escena. Neil tuvo que fingir unas palabras, a las que Watson respondió con grandes dotes de improvisación.

Pero la situación se hacía insostenible, estaba llena de lagunas y pausas, y el público comenzaba a mostrar su disconformidad con un discreto siseo. Rápido.

Neil se metió entre cajas.

—¿Y Candy? —gritó—. ¿Dónde se ha metido?

—Nadie lo sabe —respondió Susan Lester—. Benson acaba de subir a buscarla… Esa chica va a arruinar la representación… El juez Pershing, de nuevo en su digno papel de empresario, que parecía distanciarle de sus tareas jurídicas, apareció por la puerta lateral del público, con aire preocupado y molesto.

—¿Qué es lo que sucede? —indagó—. La gente empieza a impacientarse. ¿No tenía que aparecer en este momento su esposa, señor Freeman?

—¡Sí, maldita sea! —tronó Neil, furioso, lanzándose también hacia las escaleras de camerinos, en pos de Benson—. ¿Qué es lo que puede ocurrirle?

Antes de llegar arriba, mientras en la platea arreciaban las protestas, oyó gritar a Benson con horror. Una sacudida, un profundo escalofrío, conmovió su ser. Lanzóse como una vorágine, llegando ante la abierta puerta cuando Thorold Benson, convulso, mortalmente pálido, se tambaleaba, apoyándose en la pared, a punto de vomitar.

—¿Qué pasa? —clamó Freeman, frenético. Y asomó al camerino.

El impacto fue brutal. La angustia, el horror, la ira y la impotencia le aferraron como zarpas heladas. Sus ojos incrédulos contemplaron el pobre cuerpo femenino, roto ante el tocador, rodeado de tarros de cremas y maquillajes. Y rodeado también de sangre… Un hacha yacía entre sus muslos, tras haberla seccionado parte del cuello y de sus pechos, y haber trazado brutales tajos en

sus bellas piernas.

Ropas desgarradas hablaban de otro tipo de violencia, previo a la masacre. Neil Freeman, tambaleante, comprendió la terrible verdad.

Alguien había violado a Candy, antes de asesinarla salvajemente en su propio camerino…

* * *

—Violada…

—Sin duda alguna, señor Freeman —asintió sombríamente el doctor Steve Kent, de Abbotshead—. El primer examen lo confirma. Su agresor abusó sexualmente de ella y luego la remató a hachazos. Ella debía estar ya inconsciente cuando sucedió, golpeada sin duda por algo contundente, quizá la propia hacha por el lado sin filo…

Un Neil Freeman lívido, convulso, desesperado, se movía arriba y abajo del escenario ya desierto, de cuyas bambalinas colgaba una macilenta luz, tras la brusca c incompleta finalización de la obra a causa del drama real acaecido tras los decorados.

El juez Pershing, toda la compañía de McKey y el propio médico, se hallaban ahora reunidos allí, sobre el suelo de madera polvorienta con olor a teatro vacío, y tal vez también a sangre, a serrín y a muerte. También había acudido, desde el hotel, al saber la noticia, Moira Turner y Alvin Kellaway, que miraban sombríos e inquietos hacia el enfurecido, trémulo Neil Freeman.

—¿Se da cuenta ahora, Freeman? —murmuró el juez amargamente—. Ya no es sólo la venganza. Desmond Darnell vuelve a sus viejos hábitos de violencia sexual y crimen. No tenía nada contra esa pobre muchacha, su esposa…

—No era mi esposa, juez —cortó Neil, tajante—. Esas cosas ocurren en el teatro. Sólo éramos amantes. Fingimos estar casados para no escandalizar a la gente de este lugar, es todo. Ella era Candy Spencer, una joven actriz sencilla y afectuosa, necesitada de cariño, sola en el mundo. Y ha tenido que terminar así. A pocos pasos de mí, sin que yo pudiera hacer nada por ella… Precisamente esta noche, cuando ella y yo teníamos que hablar de tantas cosas de cara al futuro… — No necesitaba fingir conmigo —suspiró Moira Turner moviendo negativamente su cabeza—. Siempre imaginé la

verdad, Freeman. Yo comprendo esas cosas.

—Gracias, señorita Turner —musitó Neil—. Ahora ya poco importa todo eso. Lo que cuenta es ese monstruo, esa bestia sanguinaria, Desmond Darnell. ¡Hay que dar con él aunque se esconda en el mismo infierno, juez Pershing!

—Es lo que estamos intentando hacer. Pero no es fácil. Freeman, usted lo sabe. Ese demonio parece conocer cada rincón de este pueblo tanto o mejor que nosotros. Entra y sale como quiere, como… como…

—Como si realmente fuera invisible —gruñó Kellaway, ceñudo.

Neil Freeman se volvió hacia éste. Su lívida faz era una máscara de odio y de ira.

—Es que ES invisible, señor Kellaway —dijo fríamente—. *Yo lo sé.*

Todas las miradas convergieron con asombro en el joven actor. Este paseaba de nuevo por el escenario, como un tigre enjaulado.

—¿Qué quiso decir con eso? —terció el juez Pershing, sorprendido—. ¿Cómo puede usted saber nada, señor Freeman?

—Iba a decírselo esta noche a Candy —murmuró Neil, cabizbajo —. Ella había intuido la verdad. Se daba cuenta de que no soy lo que parezco. Y no pude llegar a revelarle quién era yo, exactamente. Dios mío, ¿por qué tuvo que suceder precisamente en ese momento? ¿Por qué ese maldito monstruo atacó a Candy para desahogar su perverso, su sucia libido?

—¿Está tratando de decirnos que usted… no es lo que parece? —farfulló el juez.

—Exactamente, juez Pershing afirmó Neil—, Eso trato de decirles ahora.

—Pero en concreto, ¿quién es usted? —interrogó, alterado. Malcolm McKey—. ¿Es que ha estado engañándonos a todos durante todo este tiempo, Neil?

—Tenía que hacerlo —asintió el joven actor tristemente. Buscó en sus bolsillos. Extrajo algo que tendió a su empresario. Ora un carnet de tapas de piel marrón, que abrió para mostrar algo—. *Superintendente Neil Freeman de Scotland Yard*. ¿Lo entiende ahora, McKey?

—¡Dios! jadeó el actor, palideciendo, asombrado—. ¡Un policía de Londres! ¡Un oficial del Yard como actor en mi compañía!

—Formaba parte de mi misión, desde que supimos que su compañía iba a parar dos o tres días en Abbotshead. Esperaba encontrar aquí a Desmond Darnell. Y fracasó… He fracasado miserablemente, permitiendo, además, la muerte de otras personas. Entre ellas la propia Candy… Pobre muchacha. Pobre muchacha…

* * *

El teatro se quedaba ya vacío.

Solamente la solitaria bombilla colgaba entre las bambalinas, proyectaba un círculo de luz en el escenario. Más allá, la platea era una zona ominosa de sombras y de tapizadas butacas en hileras, sin espectador alguno en sus filas.

El juez Jonas Pershing suspiró, recogiendo sus pertenencias en una carpeta. No quedaban con él más que Neil Freeman y Moira Turner, la dueña del hotel. Ella se había puesto ya un chal encima de sus ropas. Empezaba a sentirse frío en el teatro desierto y silencioso donde aquella noche había golpeado la muerte de nuevo. Con sangre y con horror, pero sin trucos de *grand-guignol*. Esta vez, el terror era auténtico, no efectismos teatrales.

—¿Se quedan ustedes? —preguntó el hombre que era, a la vez, empresario y juez.

—No —susurró Moira—. Vuelvo al hotel… Todos se han marchado ya. Es tarde.

—Yo la acompañaré —dijo roncamente Freeman—. Nadie va a correr riesgos inútiles mientras me sea posible, señorita Turner.

—Gracias. Es muy amable —sonrió ella con tristeza.

—No. Soy práctico. Sólo eso —Neil encajó sus mandíbulas con fiereza—. ¿Qué hace usted, juez?

—Recuerde que, además de eso, soy el dueño y empresario de este local —le mencionó apagadamente el magistrado—. Cerraré el teatro antes de irme.

—Le esperaremos. Darnell podría estar aún aquí, agazapado en la sombra. O a plena luz, ¿qué más da? A él no podemos verle…

No diga tonterías. Sigo sin creer posible eso, Freeman. Nadie puede volverse invisible.

—Nadie podía volar tampoco en el siglo pasado. La radio y la televisión hubiera sido cosa de brujería. Y la bomba atómica una

locura de ilusos. Pero todo eso existe.

—Quizá —el juez miró en torno, preocupado—. De todos modos, no tengo miedo. Llevo un arma conmigo. Y saldré enseguida de aquí. Ese loco ya ha cometido bastantes atrocidades para un solo día.

—¿Insiste en quedarse solo?

—Será un momento. Vayan saliendo ustedes. Yo debo apagar todas las luces y cerrar las puertas. Enseguida estaré con ustedes.

—Como quiera —miró de soslayo a Moira Turner—, ¿Vamos nosotros?

Ella asintió. Se encaminaron a la salida. Observó que el juez hundía una mano en el bolsillo exterior de su chaqueta, sin duda empuñando un revólver o cosa parecida. Se alejó hacia el cuadro eléctrico cachazudamente. Ellos caminaron hasta la calle.

Moira se estremeció al verse rodeada de niebla y silencio. Se envolvió mejor en su chal y apretó la mano sobre el brazo tenso de su acompañante.

—Creo que nunca podré ya caminar en la niebla, si es que sobrevivo a este horror —dijo apagadamente—. Es como sentir el frío de la muerte pegándose a mí piel, viscosa y repugnante…

—La niebla no es lo malo, señorita Turner. El mal está en otra cosa. En un ser humano convertido en bestia feroz y enfermiza —respondió gravemente Neil, cruzando la calzada con ella, a la luz difusa de los amortiguados faroles públicos, perdidos en la densa bruma—. Si al menos pudiera verlo, sentirlo cerca, poder destruirlo…

Moira caminó unos pasos sobre el pavimento que la lluvia había tornado negro, resbaladizo y brillante. Su voz sonó trémula:

—He oído lo que dijo ahí dentro, al revelar su verdadera identidad, superintendente. ¿Es cierto que Scotland Yard cree en la teoría de la invisibilidad?

—No hemos tenido más remedio que creerla. El primer informe llegó del constable Nickleby, el que vendrá mañana para suplir al pobre Dodds… Él pensó primero que veía visiones, cuando una jaula con tres cobayas, herméticamente cerrada, le mostró de pronto *atete* de esos animalitos, sin explicación posible. Pero quizá nunca hubiera prestado mayor atención al hecho, de no ser porque al siguiente día, otra vez la jaula le mostraba la presencia de sólo

tres cobayas. Y, sin embargo, nadie había tocado aquella jaula. Momentos después, volvía a haber siete.

—¿Y…?

—Esperó unas horas más. Cuando de nuevo vio tres animales allí dentro, roció de pintura el interior. Para asombro suyo ¡cuatro cobayas más aparecieron, empapadas de pintura, aunque poco antes no eran visibles! Era la evidencia de una invisibilidad inexplicable en principio.

—¿Qué pasó entonces, superintendente?

—Scotland Yard creyó que el constable Nickleby fantaseaba —sonrió duramente Neil—. Pero nos envió una muestra de un botellín de laboratorio que hallara vacío en la granja donde asesinara Darnell al profesor Talbot y al doctor Howard, su ayudante. Apenas si quedaba una mínima parte del líquido original en el fondo. El laboratorio lo probó sobre una plataforma… ¡y ésta mostró un agujero donde estaba el líquido, aunque tal agujero, al tacto no existía! En suma, los científicos asesinados trabajaban en la búsqueda de la fórmula de la invisibilidad de los cuerpos. Y lo asombroso es que lo habían conseguido. ¿Dónde estaba el resto del líquido del botellín? Sin duda alguna, dado su sabor dulzón y agradable, el asesino *se la había tomado*. Eso significaba que, como los cobayas, se iba tornando invisible a intervalos. Pero en los cobayas descubrimos algo terrible: la invisibilidad iba creciendo por momentos en duración, como una dolencia, hasta ser *total*. Es decir, llega un momento en que el afectado por esa droga ya *nunca* es visible mientras vive y está condenado a sobrevivir invisible para siempre, sin forma reíd ni propia.

—Dios mío, es horrible imaginar algo así…

Horrible. Pero Darnell se lo buscó él mismo. Sin embargo, para su idea de venganza demencial, nada podía ser mejor para él que tal circunstancia, ¿comprende? —se detuvo Neil bajo una farola, no lejos del hotel, mirando a la joven propietaria con atención—. Eso le permite deambular entre nosotros y matar a placer, sin ser visto ni percibido por nadie. El buhonero Gaylord tenía razón, como la tuvo el pobre Dodds al morir. Yo lo sabía, porque cuando Scotland Yard me envió a esta misión como falso actor de una compañía de truculento repertorio, tenía conocimiento de lo investigado sobre los cobayas y los leves residuos del líquido del botellín y sabía la

clase de enemigo que tenía que combatir. Lo malo es que hasta ahora nos ha vencido él a todos.

—¿Y ahí entra Candy Spencer? —quiso saber Moira con femenino interés.

—No. Candy no formaba parte de este sucio juego, señorita Turner. Sentí atracción física por ella y juzgué más fácil para mí trabajo tener un romance con una chica de teatro. Luego, llegué a quererla. Hubiera hecho cualquier cosa por salvar su vida. Me siento culpable…

—Pero no lo es —suspiró la hotelera—. No se torture. ¿La amaba mucho?

—No sé si la amaba. Me atraía. Era una buena chica, sencilla y solitaria. Necesitada de afecto, de un hombre al lado. Era intuitiva y presentía las cosas. Un sueño la hizo ver algo más real de lo que imaginaba. Eso casi me asustó. Y después… ni siquiera pudo llegar a saber quién era yo, exactamente.

—Ahora, donde ella está, ya lo sabe — musitó Moira, apretando su brazo con calor—. Freeman, es usted un gran chico. Sigamos, ¿quiere? Hace frío y humedad… —Sí, vamos. Yo…

Se interrumpió. Ambos giraron la cabeza. Una detonación de arma de fuego había sonado en alguna parte. Luego, la voz aguda, desgarrada, del juez Pershing, en alguna parte, hundida en la niebla:

—¡Socorro! ¡Me persigue! ¡Es Darnell! ¡Es invisible, ahora lo sé! ¡Viene tras de mi! ¡Ayúdenme, por el amor de Dios…!

—¡El teatro! —rugió con repentina rabia—. ¡Vamos, señorita Turner!

Tiró de ella con desesperación, y ambos echaron a correr. Pese a los esfuerzos de la joven, pronto Neil estuvo alejado de ella, regresando a grandes zancadas al teatro. De sus ropas, el falso actor había extraído una automática plana, negra y pavonada, presta a hacer fuego. Los gritos de Pershing le guiaban en la bruma. Y sus fuertes pisadas, guiaban a su vez, a Moira para poder seguirle lo más deprisa posible, dado el miedo que sentía a quedarse sola rodeada de aquella densa niebla helada.

Pronto el juez apareció ante él, despavorido y tembloroso, con sus cabellos canosos despeinados y los ojos desorbitados por el pánico. Agitó sus brazos al verle, desesperadamente.

—¡Ahí detrás de mí, maldito sea ese loco asesino!

Neil asintió, apartándole para encararse con la oscura fachada posterior del teatro, por cuya puerta del escenario había salido de estampida el juez. A sus oídos, agudizados por la tensión, llegó el ahorcado, sordo rumor de unas pisadas en el pavimento mojado. Clavó sus ojos en la nada, en los jirones de niebla y en el vacío, sin ver a nadie. Luego, algo chapoteó en un charco.

Su mirada se fijó en ese punto. El agua se removía como si algo la hubiera pisado. Y, sin embargo, no se veía a ser viviente alguno. El corazón de Neil palpitaba con fuerza. Nunca un policía se había enfrentado a algo tan irreal y, sin embargo, tan cierto.

Lo sabía. Sus ojos centelleaban como los de la fiera al acecho. Estaban allí. Ante él. En alguna parte, el invisible se había detenido para no hacer ruido con sus pies ni pisar un charco. Pero estaba. Por un momento, incluso creyó captar no lejos de él una respiración jadeante que se contenía.

Clavó sus ojos en una farola cercana. Un cono de luz lechosa se derramaba en la niebla, sin casi llegar al suelo. Pese a la escasa visibilidad, Neil podía ver el negro poste de la farola. La fría lógica se abrió paso en su cerebro de repente.

El asesino era invisible. Eso era seguro. No llevaba ropas, o éstas hubiesen sido perfectamente visibles. Ni objeto alguno. Sin embargo, atacaba y perseguía al juez Pershing. ¿Con qué arma? Esta tenía que ser también visible en sus manos, aunque él no lo fuera.

La farola. El poste negro de metal. Era su parapeto. Ocultaba *detrás* de la farola el arma, fuese cual fuera ésta.

Neil Freeman sentía un helado sudor pegajoso adherido a su piel. Cautelosamente comenzó a caminar en círculo. De repente, dio un salto adelante. Descubrió el otro lado del poste de la farola.

La lógica se cumplía, una vez más. A la claridad lechosa, destelló una terrible navaja de afeitar de larga y afilada hoja. Parecía colgar en el aire, flotar en el vacío por un extraño fenómeno de parapsicología.

Pero no era eso. Era él. El invisible. Estaba allí. Enfrente suyo…

Y el invisible lo notó. Captó Neil un gruñido sordo, una especie de imprecación surgida de la nada. Luego, la navaja avanzó centelleante hacia él…

Capítulo VIII

La sorpresa pudo haber paralizado de terror a cualquier otro. Neil Freeman, sin embargo, no se dejó sorprender por su temible enemigo sin rostro. Esperaba algo así, y estaba en guardia.

Apenas se movió la navaja, alzó su automática. Disparó dos veces seguidas. Sin vacilar.

La navaja se paró en el aire en seco. Luego, mágicamente, pero produciendo un efecto espeluznante, la sangre brotó de la nada.

Un par de agujeros en el vacío derramaban sangre sobre el pavimento mojado. ¡El invisible estaba herido!

Neil lanzó una exclamación de salvaje júbilo. Casi no se sentía policía ya. Era un duelo a muerte entre un monstruo y un hombre vengativo y dolorido. Un choque primitivo entre dos símbolos eternos y acaso maniqueos, pero ciertos: el Bien y el Mal, la Ley y el Crimen.

Una tos seca, escalofriante, brotó del vacío mismo que llenaba la niebla y la luz de la farola. El ser invisible retrocedía. De su mano cayó la navaja de afeitar, que tintineó lúgubremente en el suelo, no lejos de donde los boquetes de bala provocaban los goterones de sangre, en sordo choque repetido.

Algo, sin duda una mano invisible, debió presionar los orificios, porque estos dejaron de sangrar y de ser visibles flotando en el aire. La bruma se enroscó en torno a una forma sin materia que debía huir, retroceder ante el enemigo.

—¡Quieto! —silabeó Neil, con voz ronca—. ¡Quieto o disparo, Darnell! ¡Tú invisibilidad ya no va a ser obstáculo para que caigas por fin, maldito monstruo!

Nadie le respondió. Vagamente, oyó unos pasos suaves que se alejaban. El enemigo huía. Pero Neil no tuvo miedo esta vez. No podía ir muy lejos. Por la altura a que viera sus impactos de bala, el invisible debía de estar herido en el vientre y estómago, aproximadamente. Quizá no eran lesiones mortales, pero sí dolorosas. Y sangrarían mucho. Si se vendaba, sería visible en su vendaje. Estaban en un grave aprieto por fin. Quizá en el principio de su desastre.

—Es inútil, Darnell —avisó con energía—. No tienes escapatoria

ya. Te cazaré. No importa adonde vayas, te cazaré. Estás malherido. Juré que te daría caza. Lo juré esta noche, Darnell, al ver muerta a Candy…

La tos sonó más lejana. Mezclada con algunas palabras sordas c incongruentes. La niebla lo envolvía todo. Era difícil, por no decir imposible, dar con el fugitivo ahora. Pero la sangre era un rastro implacable.

—Juez, que avisen algunos perros de caza —silabeó Neil, volviéndose al aterrorizado magistrado—. Esta vez no tiene escapatoria. Va herido. Su sangre es el mejor rastro a seguir…

—Sí —musitó el magistrado—. Sí, Freeman. Lo haré. ¿Y usted? ¿Adónde va?

—En su busca —señaló a la noche, la niebla, la invisible forma que huía de él hacía alguna parte—. Cuide usted de la señorita Turner, por favor.

—Claro —asintió el juez Pershing, todavía sacudido por violentos temblores—. No se preocupe. La llevare al hotel y prepararemos la cacería de ese modo enseguida…

Tomó a Moira de un bruzo y se encaminó con ella hacia el hotel, mirando de vez en cuando, temeroso, alrededor suyo. Algunas ventanas brillaban ya en la noche, señalando el sobresalto de los vecinos de Abbotshead al estruendo de los disparos y las voces en la calle.

—¡Vamos, señorita Turner! —la apremió el juez, caminando a grandes raneadas—. Cuanto antes lleguemos al hotel y preparemos la cacería, tanto mejor.

Ella asintió, pero no pudo evitar una mirada hacia la cada vez más distante y borrosa silueta de Neil Freeman. Ya no sentía miedo por sí misma, sino también por el joven superintendente de Scotland Yard

Luego, la bruma se engulló definitivamente al joven policía. Y Moira Turner, pese a la compañía del magistrado local, sintió un frió sutil recorriendo su espina dorsal. Era como si, de repente, se sintiera más sola que nunca. Y más asustada.

Sin embargo, sólo unos momentos más tarde, entrada en la confortable atmósfera del hotel, encendía las luces del comedor y cerraba la puerta, asegurándola con el cerrojo, mientras el juez se dirigía al teléfono, para disponer la cacería definitiva del asesino

invisible.

Arriba, dormían los huéspedes de su establecimiento y todo era tranquilo alrededor. Moira se sirvió un dedo de brandy y lo apuró de un trago, sintiéndose ligeramente mejor. El juez Pershing colgó el teléfono con un suspiro.

—Ya está —murmuró, acercándose a ella con aire de cansancio —. Le gente de Abbotshead se reunirá en pocos minutos en la plaza mayor, para iniciar la búsqueda con sus mejores perros y mastines. Ese maldito Darnell ya no tiene evasión posible, de modo que esté tranquila, mi querida amiga.

—Quisiera estarlo —sonrió forzada ella—. Pero no puedo, e ignoro la razón. Es como si algo o alguien me dijera que ese ser invisible puede estar aquí ahora, en estos momentos, acechándonos desde su impunidad…

—¿Aquí? —el juez miró con sobresalto a su alrededor. Luego se echó a reír, removió las brasas de la chimenea con un atizador de hierro, y se volvió hacia la bella hotelera—. No, eso no es posible. Neil Freeman es un auténtico sabueso y está tras su presa. No debe temer nada del invisible, créame.

—Quizá tenga usted razón, juez —suspiró Moira—. ¿Quiere tomar algo?

—Sí, por favor —rogó el magistrado—. Un poco de *scotch* puede que me anime. He pasado una mala noche, créame…

Moira sonrió, comprensiva, empezando a sentirse mejor. Fue al mueble-bar del comedor y se inclinó para tomar una botella de whisky escocés. Cuando iba a tomar un vaso, se volvió bruscamente hacia el juez, para preguntarle—: ¿Lo quiere solo o con hielo?

Y entonces vio el atizador de la chimenea alzado hacia ella, a punto de golpear su cabeza.

Y en el rostro del afable juez Jonas Pershing, una expresión demoniaca de deseo, de lujuria insaciable, de perversión infinita, que convertía su rostro, normalmente apacible, en un auténtico demonio de morbosidad y de furia homicida.

El grito de terror y asombro de Moira se ahogó en su garganta, cuando el juez puso una de sus rectas manos contra su boca, mientras la otra bajaba con el atizador, para golpearla brutalmente en la cabeza…

* * *

Neil Freeman se detuvo, perplejo.

Sus ojos se elevaron hacia el muro donde la última gota de sangre casi había rozado la pared, al golpear el suelo mojado. Su linterna reveló una pared elevada y sombría, rematada por vidrios cortantes. En su recorrido por el dédalo callejero de Abbotshead, había llegado a perder, en medio de la espesa niebla, la total orientación y sentido de su marcha. No sabía dónde se encontraba exactamente.

Pero hasta allí había llegado el invisible. De eso no tenía duda alguna.

Miró a ambos lados, dirigiendo una ráfaga de luz en cada sentido. No descubrió ninguna otra gota de sangre. En las últimas yardas, el rastro había ido decreciendo, prueba de que el herido encontró algo con lo que taponar sus heridas, al menos momentáneamente.

Guardó su linterna y su pistola. Comenzó a escalar el muro. No era difícil, porque había rendijas y grietas en su superficie de húmeda piedra. Cuando alcanzó el borde superior, con su peligrosa ristra de vidrios agudos y punzantes, lanzó una imprecación de júbilo. Su linterna le reveló la presencia de hilachas ensangrentadas en una de las aristas vidriosas.

El invisible había pasado por allí. Miró al otro lado. Una serie de patios y de viejas caballerizas se extendían ante él, formando un terreno fácil para ocultarse un fugitivo. Se preguntó cuál sería el camino seguido por su presa. No iba a ser cosa sencilla dar con él. Pero lo intentarla.

Tuvo cierta suerte. Otras hilachas y unas gotas de sangre le revelaron la ruta seguida por el criminal herido. La siguió, pasando de un patio a otro, hasta hallarse en un punto que le resultó vagamente familiar.

Era un patio cuadrangular, con leños y un hacha a un lado, y un viejo coche situado en el otro extremo, bajo un viejo toldo descolorido.

El patio del hotel La Corona y el Escudo. Su corazón dio un vuelco.

—Luego es cierto... —musitó—. El invisible es un huésped del

hotel. Ha buscado refugio allí… para ocultar su herida. Es su última oportunidad.

Sonrió torvamente en la oscuridad. Quizá fuera realmente la última oportunidad de su enemigo. Pero era mínima. Porque ahora él creía saber algo más al respecto…

Escaló la última tapia y saltó al patio del hotel cayendo elásticamente sobre sus piernas flexionadas. Miró en torno.

Una puertecilla lateral conducía a la cocina y almacén del establecimiento. Era la única en aquel punto, salvo el recio portón a una calleja trasera, cerrado y asegurado herméticamente.

Volvió a empuñar su pistola. Avanzó lentamente. Puso su mano en el pomo. La retiró vivamente, al sentirla mojada de algo viscoso. La delgada línea de luz de su lámpara le reveló su naturaleza. Oscura y espesa. Sangre. Sangre humana.

El invisible había entrado por esa puerta en el hotel. ¿Quién era, realmente?

Avanzó con suma cautela, paso a paso. Su linterna le reveló otras manchas de sangre. Cuando llegó a la cocina, un trapo ensangrentado apareció caído junto a los fogones. Faltaban bayetas y paños sin duda, había iniciado su inicial tapón para retener la hemorragia con otros paños limpios. Ya no vio sangre en el resto de la cocina ni en el corredor que conducía al almacén.

Giró la cabeza hacia un reflejo distante de luz. Procedía del comedor, a través de otra puerta situada al extremo opuesto del mismo corredor. Dudó. Era mucho su afán de dar con el invisible Darnell. Pero también quería saber si el juez y Moira Turner estaban sin novedad. Y si la cacería del asesinato había comenzado.

Unos lejanos ladridos, en algunos puntos del pueblo, le demostraron que Pershing había reclamado ya la ayuda del fino olfato de los canes. Pero eso era todo.

Decidió seguir hacia el almacén. Su lámpara proyectó un reguero de luz dentro. Neil juró entre dientes. Se quedó rígido.

Allí estaba el invisible.

Se agitaba en el suelo. Unos paños ensangrentados pare clan flotar sobre la nada, moviéndose espasmódicos. Un jadeo ronco, una leve tos agónica, sonaba en el fondo de la oscura estancia.

Neil entró. Proyectó su luz sobre el ser a quien no podía ver. Casi pudo intuir una mirada fría fija en él, aunque no le era posible

descubrirla. No vio arma alguna al alcance del invisible.

—Usted… gana… —jadeó una voz sorda, irreconocible—. Maldito policía… Me engañó bien…

—Juré darle caza y acabar con usted, cuando tuviera la primera oportunidad —dijo duramente Neil acercándose al invisible herido —. Lo dije cuándo violó y mató u aquella pobre chica. Candy Spencer…

—Yo nunca… violé a nadie —jadeó la voz.

—Miente. Lo hizo con las Farrow, madre e hija. Y con Candy esta noche.

—No, Freeman —rechazó la voz del invisible—. No lo hice. Ni entonces ni ahora. Yo no maté a nadie aquella noche. Sólo descubrí los cadáveres bañados en sangre… Luego esa chica. Moira Turner, salió gritando… Baxter me vio al asomar… La sangre, el hacha, mi expresión… Todo me condenó. Yo estaba enfermo, si… Esperaba curarme en estos sitios, metido en mi trabajo… Esos cerdos del sanatorio me enloquecieron más aún. Me trataron inhumanamente. Electro-shock, tratamientos brutales… El que no está loco, termina volviéndose en un maldito y sucio psiquiátrico, regido por médicos que no entienden la mente humana ni se preocupan de sus pacientes… Por eso maté, por eso escapé, por eso odié tanto y juré cumplir mi venganza… Pero eso chica del teatro… No, yo nunca lo haría. Freeman. Nunca. No la toqué. Lo hizo el mismo que mató a los Farrow y a la criada, aquella noche en la pensión.

—¿Qué está diciendo?

—Hay otro en este lugar… Peor que yo, Freeman. Un ser envilecido, reprimido y vil… Un sádico asesino que mata después de violar… Sin duda alguien respetable, del que nadie sospecha… El provocó las muertes de entonces… y la de Candy Spencer. Lo juro. Freeman. Y digo la verdad. ¿Quién mentiría cuando va a morir?

Neil estaba agazapado junto al herido. Le encañonaba con su arma. Alargó la mano. Palpó el vacío. Se estremeció. Donde parecía no existir nada, había un cuerpo humano, sólido, tangible. Sólo que no se le podía ver. El hallazgo del profesor Talbot. El don de la invisibilidad en un fracaso. Como la vieja alquimia medieval…

Notó los lentos latidos de un corazón que se debilitaba. La escasa presión arterial de un moribundo. La sangre encharcaba ya

los partos y el sucio. Mojaba la forma invisible, dándole cuerpo en un rojo siniestro.

—Pero ¿quién, Darnell? —jadeó sordamente— ¿Quién?

—No lo sé… Alguien capaz de abrir la puerta de un camerino sin llaves. Alguien que sin duda, conoce ese teatro mejor que yo…

El impacto sobre la mente de Neil fue terrible. Se incorporó de un salto, sobrecogido, helado de horror.

—¡No! —aulló—. ¡El juez Pershing…!

Y a la desesperada, convencido trágicamente de que llegaba tarde, una vez más, se precipitó a la carrera hacia la luz del comedor del hotel, sintiendo en su corazón y en su cerebro el frío mismo de la muerte…

Capítulo IX

El juez Jonas Pershing, con ojos dilatados por la lujuria, se inclinó sobre el cuerpo inerte de Moira Turner, abatida de un seco pero no demasiado contundente golpe de atizador en su nuca. Estaba viva. Lo suficiente viva como para que el sádico enfermizo, gozara de aquel cuerpo espléndido, sometido ahora totalmente a su merced.

Las manos vigorosas del magistrado arrancaron las ropas de Moira, revelando la desnudez mórbida de sus muslos, la belleza de sus senos jóvenes y potentes. Temblando de codicia» de avidez insana, convertida su amable cara en una máscara de perversión sin freno, se precipitó sobre la víctima.

—Todos creerán que fue otra hazaña de Desmond Darnell —jadeó—. Como entonces… como esta misma noche con esa chica del teatro, tan hermosa y deseable… Eres mía, Moira Turner… Mía, totalmente mía…

Sus dedos se hincaron en la carne joven y maciza, empezando a ensañarse en caricias rudas, brutales. Mientras tanto, la boca babeante del transformado juez Pershing seguía pronunciando palabras obscenas, acompañadas de una retahíla de expresiones que más bien parecían un monólogo que el diálogo con alguien que no podía oiría en ese momento:

—Cuando hayas sido mía, hermosa Moira, morirás como los demás, en un baño de sangre… Nadie sabrá nada. Será el último crimen de Darnell. Su venganza sobre ti, preciosa…

¿Quién puede sospechar en Abbotshead de un hombre honorable y digno como Jonas Pershing?

Y mientras hablaba y hablaba con voz cada vez más ronca, excitándose con la proximidad de la violación de su joven víctima, iba dejando más al desnudo las formas y las partes más íntimas de aquel hermoso cuerpo de mujer sometido a sus morbosos deseos.

De pronto, volvió la cabeza con sobresalto. Unas pisadas fuertes sonaron a su espalda. Aferró el atizador, con mano crispada, los ojos saliendo de sus órbitas.

—¡Juez Pershing! —jadeó Neil Freeman, lívido, desde la puerta del comedor—. De modo que era usted… Usted, maldito cerdo

asesino, sucio pervertido… Bajo esa capa de honorabilidad de la dignidad de su cargo, sólo se encierra un ser perverso, un hombre asesino y un degenerado de la peor especie…

—Le mataré, Freeman. Le mataré por lo que ha descubierto —susurró con voz chirriante el magistrado, moviéndose cauto hacia él, con el atizador en ristre—.

Usted no se atreverá a disparar. No lo hará sobre el juez… Es usted policía… No puede matarme así, a sangre fría, sólo por vengar a su amante, aquella mujerzuela de teatro…

—Juez, cállese. Suelte ese objeto y entréguese —silabeó Freeman, convulso—. Hágalo… o le mato. No será venganza. Será justicia, simplemente.

—Su conciencia siempre le diría que hay dudas sobre eso —rió malignamente el juez—. Y todos dirán que sólo trató de vengarse, por encima de su condición de policía… No lo hará, Freeman. Sé que no lo hará…

Y soltando una agria carcajada, saltó sobre su enemigo, enarbolando el atizador para descargarlo bestialmente sobre el cráneo de Neil.

Este vaciló, dudando entre su obligación de policía y sus sentimientos de odio y cólera hacia el perverso asesino.

Alguien revolvió por él. A sus espaldas hubo un arrastrar de pies. Algo zumbó en el aire violentamente. Junto al costado de Neil, pasó sibilante una ancha hoja de acero.

El hacha de cortar leña del patio alcanzó de lleno a Jonas Pershing. Se clavó en su rostro, partiéndole en dos, en medio de un alucinante baño de sangre. El magistrado rugió, en una crispación suprema de dolor y angustia, al sentirse así masacrado por un hacha bien dirigida.

Cayó atrás, dando convulsos espasmos, dejando regueros de sangre por doquier, mientras pataleaba en vano, tratando de arrancarse con ambas manos la ancha hoja de acero hincada en su carne y huesos. Luego, cayó de bruces, no lejos de Moira Turner, que empezaba a recuperar lentamente el conocimiento.

Neil Freeman dominó su horror ante la espantosa escena. Giró la cabeza. Un ser cristalino, que empezaba a materializarse al fin, cobrando forma humana, se tambaleaba, para caer al fin pesadamente de bruces. Antes, unos ojos incoloros, flotando en las

líneas inciertas de un rostro incompleto, le miraron, mientras una voz rota balbuceaba:

—Al menos., he cumplido… mi venganza. Usted le hubiera matado fríamente, Freeman, él tenía razón, maldito sea…

Y se quedó inmóvil en el suelo, mientras su cuerpo todo iba cobrando forma poco a poco, materializándose, al regreso de su invisibilidad.

Neil le contempló, absorto, casi sintiendo compasión por aquel que fuera víctima de muchas incomprensiones, hasta hacer de un pobre enfermo un auténtico ser peligroso y cruel.

—Ahora lo entiendo… —jadeó—. Al morir… se vuelve visible. Es el final…

Caminó lento, tambaleante, hacia la inconsciente Moira. La alzó en sus brazos, la llevó fuera del comedor y la depositó suavemente sobre un sofá, esperando que se recuperase.

Cuando lo hizo, los ojos de ella le miraron con terror. Se incorporó, angustiada.

—¡Pershing! —gritó—, ¡Era el juez Pershing…!

—Lo sé, lo sé —sonrió Neil, acariciando la mejilla de la joven—. Lo sé todo, ahorita Turner, No tenga miedo ya. Todo pasó. Absolutamente todo… Pershing, el invisible… toda la pesadilla maldita que hemos vivido estos días. Estoy aquí, a su lado… Ya no hay nada que temer, puede creerme.

—¡Oh, Freeman, Dios mío! —estalló ella repentinamente en sollozos al verse medio desnuda y comprender de lo que había escapado—. De no ser por usted…

Se abrazó a él. Neil la confortó afectuosamente. Luego, negó despacio.

—Por mí, no. Le debe mucho al invisible, a Desmond Darnell… aunque no pueda usted creerlo.

—Darnell… ¿Está… muerto?

—Si. El mató a Pershing para salvarla a usted… y tal vez a mí. No era tan malo como imaginamos, aunque sí era un loco. Le volvieron loco las acusaciones… el manicomio… los médicos… Todos nos equivocamos un poco con él, a fin de cuentas.

—Pero Darnell… ¿cómo se escondía de todos? ¿Quién era, en realidad?

—Creo que pronto lo sabremos —suspiró Neil, mirando a la

escalera, sin dejar de consolar a aquella joven y bella mujer que buscaba apoyo y protección en él, tras la amarga experiencia vivida —. Escuche. Bajan todos los demás. Sin duda, alguien de entre todos ellos va a faltar hoy. Y ése, precisamente… será el invisible Desmond Darnell, debidamente caracterizado para su gran interpretación…

Moira volvió la cabeza, sin soltar a Neil. Por las escale ras, atraídos por el ruido y las voces, descendían los huéspedes.

—¿Qué diablos ocurre ahora? —tronó la voz de Malcolm McKey. ¿Es que en este pueblo no se puede descansar nunca?

—No se preocupen —sonrió Neil—. Ahora, todos podremos descansar ya tranquilos. Todo ha terminado…

Seguían a McKey su primera actriz. Susan Lester. Y el eterno «villano» Timothy Watson. Y el viajante de comercio Alvin Kellaway.

—Es curioso —comentó Watson—. No logro encontrar por parte alguna a Thorold Benson, nuestro gerente y encargado de escena y aire/o… En su habitación sólo hay tarros de plástico, de cera moldeable, guantes que parecen carne, lentillas, pelucas y cosas así… ¿Ustedes lo entienden?

Neil y Moira se miraron. Ambos entendieron.

—Si —dijo roncamente el joven superintendente de policía—. Creo que sí lo entendemos…

Y apretó con calor las manos de Moira entre las suyas. Se dijo que con el tiempo era posible llegar a olvidarse todo. Incluso a Candy.

Y estaba seguro de volver algún día a Abbotshead. Sólo como Neil Freeman, no como policía.

Moira Turner se merecía eso. Y mucho más.

FIN





Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.